

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Juegos del poder

Un avión de pasajeros ruso se ha estrellado y han muerto 128 personas. Un amigo de Brigitte del SDECE francés llama a Brigitte para informarle que la MVD soviética sospecha que el accidente no ha sido tal, sino que ha sido provocado por la CIA, ya que en el avión viajaba un algo funcionario de la misión comercial soviética en París y, además, campesinos rusos vieron una explosión en el aire antes de caer el avión.



Lou Carrigan

Juegos del poder

Brigitte en acción - 239

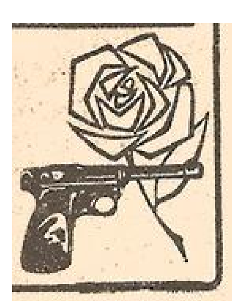
ePub r1.0

Titivillus 02.11.2017

Lou Carrigan, 1977
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

—Increíble… ¡Increíble! —*Monsieur* Laffont no salía de su asombro —. Naturalmente, tengo que creerla, puesto que usted lo dice, pero es sencillamente increíble. ¡Hubiera jurado que usted es francesa, señorita Montfort! ¡Y parisina, naturalmente!

Brigitte Montfort sonrió encantadoramente al desconcertadísimo *monsieur* Laffont.

—Lamento haberle decepcionado, *monsieur*. De todos modos ser norteamericana, y de Nueva York, no me parece precisamente humillante.

—¡Oh, no…! Por favor, no he pretendido decir eso. ¡Es sólo que usted acaba de destrozar mi convicción firmemente sostenida durante mis cincuenta años largos de vida de que sólo las mujeres de París parecen mujeres de París!

La señorita Montfort se echó a reír.

—¡Pues lo siento muchísimo! —exclamó—. Y con todo esto, *monsieur*, tengo la impresión de que usted está pretendiendo halagarme.

—¡Naturalmente!

—Bueno… A mí me parece que también podría usted halagarme diciéndome que parezco una perfecta neoyorquina. ¿O no?

Monsieur Laffont quedó unos segundos pensativo, mientras la bellísima y elegante señorita Montfort le observaba con cierta maliciosa sonrisilla en sus sonrosados labios…

A decir verdad, *monsieur* Laffont era el pasajero más afortunado del reactor que hacía el vuelo New York-París. Cuando hizo su reserva del pasaje para aquel vuelo en las oficinas de la Air France en Nueva York, lo único que se le ocurrió pensar fue que, afortunadamente, el viaje era rápido, de tal modo que en cinco horas podría encontrarse en París y seguir atendiendo sus importantísimos negocios. Dos días más tarde, cuando *monsieur*

Laffont ocupó su sillón en el avión, siempre con prisas, y vio a su compañera de asiento ya apaciblemente instalada, y mirándolo con cortés expresión de curiosidad, como estudiándolo, *monsieur* Laffont se dijo que quizá sería agradable que el vuelo durase bastante más de cinco horas. Y muy poco después, *monsieur* Laffont pensaba sencillamente que sería formidable que el vuelo no terminase jamás.

Porque, a fin de cuentas, encontrar un compañero de viaje como la señorita Montfort no era cosa corriente. No sólo por su belleza deslumbrante, sino por la inteligencia que se reflejaba en los más grandes, hermosos y azules ojos que *monsieur* Laffont había visto en torta su vida. Y por si ser bellísima, inteligente y culta fuese poco, había resultado que la señorita Montfort era de una simpatía fuera de toda descripción.

Así pues, tras meditar unos segundos, *monsieur* Laffont quedó consternadísimo:

—Me temo que la he molestado con mis palabras —murmuró.

La señorita Montfort, que había optado, finalmente, por mirar hacia el mar de tono deprimente, gris, que tenían debajo, volvió de nuevo la cabeza hacia él.

—Claro que no, *monsieur*. He entendido perfectamente que sus intenciones eran galantes. Sólo claro, yo pienso que una mujer puede tener los mismos méritos siendo francesa, norteamericana, o… polinesia, pongo por caso.

—Sí… Sí, claro. Supongo que debo admitir que las mujeres hermosas, elegantes y simpáticas no son una exclusiva de París.

—Más o menos, ésa es la idea —volvió a reír la señorita Montfort—. ¡Y muchas gracias por considerarme hermosa, elegante y simpática!

—Usted sabe que lo es.

—Pues… Sí, en efecto, lo sé.

Monsieur Laffont quedó un instante atónito. Luego, se echó a reír.

—¡Y además de todo eso, resulta que es sincera! ¡Fantástico en verdad! ¿Me permite que la invite a tomar algo en el bar?

—¿Por ejemplo?

—Champaña, naturalmente —respingó *monsieur* Laffont.

—¿Marca?

—Mmm… ¿«Moet et Chandon»?

—No, no.

—¿«Clicquot»?

—No, lo siento. ¿Tiene usted algo contra «Dom Perignon»?

—¡De ninguna manera! Yo siempre he bebido «Moet et Chandon», pero a partir de hoy, voy a cambiar: consumiré «Perignon».

—¿Por qué?

—Pienso que si usted bebe «Perignon» tiene que ser por algo muy convincente.

Fueron hacia el bar, sonrientes. A fin de cuentas, eran ya las seis de la tarde, y *monsieur* Laffont era un hombre interesante y simpático, también.

Y charlatán. Era todo un conversador, que durante el resto del viaje hizo, reír en varias ocasiones a la divina señorita Montfort con sus anécdotas de negocios, y que, por su parte, lo estaba pasando tan estupendamente, que cuando fue anunciada la inminente llegada al aeropuerto de Orly, se quedó estupefacto.

—¿Cómo, Orly? —exclamó.

—Estamos llegando —asintió la señorita Montfort—. Así que no debemos fumar, ni olvidar de colocarnos los cinturones.

—Santo cielo, ¡ya estamos llegando a París! ¡Pero si hemos despegado hace unos minutos!

—Sí, unos trescientos, más o menos. No descuide su cinturón, *monsieur*.

Monsieur Laffont se colocó el cinturón de seguridad, quedó pensativo, miró a Brigitte Montfort, vaciló…

—¿Hay algo que no se atreve usted a decir? —sonrió ella.

—Estaba pensando que, en realidad, los cinturones de seguridad no sirven de nada… Si este aparato se estrella, quedaremos reducidos a cenizas, eso será todo. Igual que los cientos veintiocho pasajeros del Ilyuschin soviético. Y eso fue hace sólo dos días… ¿Se enteró usted de la noticia?

—Sí.

—Ciento veintiocho personas… Suben tan tranquilos al avión con destino a Moscú, despegan… y sólo dos minutos más tarde el avión se estrella contra el suelo, a pocos kilómetros de Orly. Ni un solo superviviente. Parece ser que fue un sabotaje contra la compañía soviética Aeroflot. Hay personal adecuado investigando

las causas del accidente, aunque algunos testigos, personas que viven cerca de Grosbois, aseguran que algo hizo explosión en el Ilyuschin cuando estaba en el aire volando por encima de ellos.

—Sí, algo de eso he leído. El Ilyuschin se estrelló precisamente cerca de Grosbois, pero sería conveniente que los testigos se asegurasen bien de lo que dicen.

—Claro. Han sido ciento veintiocho vidas que… ¡Oh, Dios, mío! ¡Qué momento más inoportuno para hablar de eso!, ¿verdad?

—El momento es inoportuno, en efecto…, para personas impresionables.

—¿Usted no lo es?

—No. Yo siempre pienso que lo que tenga qué suceder, sucederá.

—Eso es fatalismo…

—No: es realismo. Como es lógico, moriré algún día, pero no voy a pasarme la vida preocupándome por mi muerte…, que llegará cuando tenga que llegar.

Monsieur Laffont quedó pensativo. Por supuesto, la señorita Montfort tenía razón, pero su actitud era la de una persona despreocupada, que jamás hace nada que pueda resultar peligroso, y que, por lo tanto, jamás piensa en la Muerte. Y bien mirado, ¿por qué tenía que pensar en la Muerte una joven tan encantadora y que, sin duda, vivía con el máximo confort y mínimo riesgo?

Cuando, más tarde, se despidieron, en el Aeropuerto de Orly, *monsieur* Laffont no podía saber que, precisamente, había estado pensando tal cosa de la mujer que más veces se había jugado la vida: la agente Baby de la CIA.

La cual, tras guardar en su maletín rojo con florecillas azules la tarjeta de *monsieur* Laffont, se dirigió hacia la sala de espera de los vuelos internacionales… Inmediatamente, vio al hombre que, al aparecer ella, se puso en pie y se quedó mirándola a su vez. Un hombre de unos sesenta años, aspecto interesante, mirada penetrante, y que, como característica más notable, tenía una gran nariz. Una nariz ciertamente desproporcionada, algo ganchuda, que parecía como un cierre siempre dispuesto a caer sobre los finos labios apretados.

Cuando Brigitte llegó ante él, le tendió la mano, sonriendo con cierta precaución, como si temiese que la sonrisa no fuese adecuada

a la situación.

—¿Cómo está, *monsieur* Nez? —susurró.

Monsieur Nez, uno de los más importantes jefes del SDECE francés, que él insistía en llamar Deuxiéme Bureau, tomó la mano de Brigitte, y se la llevó a los labios con elegante gesto.

—Siempre feliz de volver a verla, señorita Montfort… ¿Ha tenido buen viaje?

—Bueno y divertido. He tenido la suerte de sentarme junto a un tal *monsieur* Laffont que ha resultado un conversador interesante y muy agradable.

—Lo celebro. Por favor, siéntese.

Brigitte ocupó un sillón, y *monsieur* Nez se sentó delante de ella, que miraba con cierta expectación a su alrededor.

—¿Ha venido solo? —se interesó.

—Sí. Quiero que entienda, desde el primer momento, que el Deuxiéme Bureau no desea en modo alguno ser mencionado en este asunto… Bueno, el SDECE, ya sabe.

—Podemos seguir llamándolo Deuxiéme Bureau —sonrió la espía más peligrosa del mundo—. Las personas que, como usted, se aferran a viejos tiempos románticos, no me desagradan, *monsieur*. Queda bien entendido que su servicio no será mencionado, de acuerdo. ¿Es algo personal lo que tiene que pedirme?

Monsieur Nez sonrió apretadamente, como si sus labios no pudiesen moverse.

—El mundo da muchas vueltas, señorita Montfort.

—Si —alzó ella las cejas—. Si no estoy mal informada una cada veinticuatro horas, aproximadamente. Espero que eso no perjudique a nadie.

—Lo que quiero decir es que esta vez no la he llamado para pedirle un favor, sino para hacérselo yo a usted. Lo cual se merece sobradamente, sin duda alguna.

—Muy amable. ¿Qué favor va a hacerme usted a mí?

—Los rusos —murmuró Nez— están investigando la posibilidad, al parecer muy factible, de que la CIA haya cometido ciento veintiocho asesinatos. En masa.

Brigitte Montfort palideció intensamente. Estuvo unos segundos como petrificada, incapaz de reaccionar. Luego, tras encender con mano un tanto insegura un cigarrillo, susurró:

—¿Ciento veintiocho personas en masa? ¿Se refiere usted, quizá, a ese accidente del Ilyuschin de la Aeroflot soviética que se estrelló hace dos días al este de Orly, cerca de un pueblo llamado Grosbois?

—Estaba seguro de que usted llegaría a esa conclusión, en cuanto le mencionase la cantidad de víctimas. ¿Ha leído que algunos campesinos franceses de esa región aseguran haber visto una explosión en el Ilyuschin antes de que éste se estrellase?

—Sé que se está escribiendo sobre eso. Y sé que personal competente están investigando las causas del accidente. Hasta que ese personal no compruebe que…

—Ya ha sido comprobado.

—¿Hubo explosión previa, en pleno vuelo?

—Parece ser que sí. Por el momento, está revelación no ha trascendido al público, pero tengo la convicción de que los rusos lo saben. Ellos empezaron inmediatamente las investigaciones. El avión era ruso, y, además, viajaba en él un alto funcionario de la misión comercial soviética en París, un tal Alexei Kovrichkin, que naturalmente iba a Moscú.

—Y ciento veintisiete personas más —susurró Brigitte.

—Sí… Sí, claro. Bien, yo he sabido que los rusos han investigado por su cuenta, y además, disponen de medios sobrados para estar al corriente de las investigaciones oficiales francesas respecto al accidente. Es decir, que saben que hubo una explosión. Explosión que, por supuesto, fue la causa de que el aparato se estrellase.

—Está bien. Pero…, ¿por qué acusar a la CIA de semejante monstruosidad?

—Lo ignoro. Bueno, yo no he dicho que los rusos acusen a la CIA, sino que están investigando la posibilidad de que el accidente haya sido provocado por ella. Y por lo que tengo entendido, parece que esa probabilidad o posibilidad es factible.

—Usted no sabe lo que dice —rechazó ásperamente Brigitte—. La CIA como su Deuxiéme Bureau, la MVD, y otros servicios del mismo estilo, pueden hacer verdaderas suciedades, pero esto me parece demasiado, *monsieur*.

—No he pretendido incomodarla. Simplemente, le estoy facilitando una información que ha llegado hasta mí.

Brigitte se mordió los labios.

—Lo siento —se disculpó—. Verdaderamente, me está haciendo

un favor, así que mi actitud es estúpida.

—Su actitud es normal, no se preocupe —sonrió Nez—. Desde luego, estoy dispuesto a ayudarla en todo lo que necesite, en justa correspondencia a los muchos beneficios que usted me ha reportado en tantas y tantas ocasiones. Pero, insisto, el Deuxiéme Bureau no debe ser mencionado.

—Lo comprendo. El asunto es demasiado sucio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabe usted en qué se basan los rusos para sospechar de la CIA?

—No. Como es lógico —sonrió irónicamente—, tengo algunos hombres bien introducidos entre los servidores de la MVD soviética, pero su capacidad de filtración para obtener informes tiene un límite. Sólo sé que sospechan de la CIA. Y claro está, si esas investigaciones llegasen a fructificar en el sentido de confirmar tales sospechas no tengo que decirle que puede ocurrir algo terrible.

—¿El Deuxiéme Bureau no está investigando?

—Bueno… —*Monsieur* Nez se removió en el sillón—. Claro que teníamos pensado hacerlo, y a fondo, después de conocer las sospechas soviéticas contra la CIA, pero a mí se me ocurrió que sería ético y agradecido por mi parte llamarla a usted a París para concederle la oportunidad de ayudar a la CIA en este mal momento.

—Entiendo —sonrió Brigitte—. De este modo, usted se ha asegurado nada menos que la intervención de Baby para esclarecer el asunto, y por supuesto, evita que el Deuxiéme Bureau se complique la vida en tan repugnante caso. ¿No es así, *monsieur*?

—De todos modos, sigue siendo un favor, ¿no? —Gruñó Nez.

—Desde luego.

—Por otra parte, todo el mundo involucrado en el espionaje internacional sabe que cuando la agente Baby llega a cualquier base de la CIA, toma automáticamente el mando. Y yo me atrevo a sugerirle a usted que, utilizando esa autoridad, de la orden para que la CIA despeje París, no hay combate si uno de los combatientes no está presente.

—Es una medida de prudencia que estudiaré detenidamente —asintió la divina—. ¿Me ha reservado alojamiento en algún hotel?

—Dadas las circunstancias me ha parecido más discreto proporcionarle un apartamento en el Boulevard Saint Michel…

Tiene unas bonitas vistas sobre los Jardines del Luxemburgo, además… —*Monsieur* Nez sacó un sobre, que tendió a Brigitte—. Aquí está la llave y la dirección. Si me da la contraseña de su equipaje, me ocuparé de que lo recojan y se lo lleven allá.

—¿Debo entender que no me lleva en su coche?

—Es mejor que tome un taxi. Y sabe usted perfectamente que no son molestias lo que trato de evitarme.

—Lo sé… ¿Conoce al agente de la MVD que dirige esas investigaciones?

—Su fotografía está dentro del sobre.

—¡Oh! Admirable, *monsieur*. ¿Cómo se llama?

—Antón Polozoff. Es residente en París, desde hace casi dos años. Naturalmente, ostenta la jefatura. Tiene algo menos de cuarenta años.

—¿Carácter?

—Difícil No es hombre con el que se pueda bromear. Salvo que, nuestros informes procedentes de Moscú estén equivocados. Antón Polozoff es uno de esos hombres-máquina salidos de la escuela de espionaje ruso de Kichino. El clásico espía preparado física y mentalmente, el hombre convencido de que él es quien hace lo que se debe hacer. Ha estado en China, en Hong Kong, y también estuvo en Vietnam antes de ser enviado a París.

—Interesante. Supongo que sabe usted dónde tiene su domicilio de París.

—Naturalmente. Sin embargo, le sugiero una posibilidad de contactos menos… comprometida, Habitualmente, Antón Polozoff va a cenar a un restaurante llamado Etoile Rouge, en la Rué de Bonaparte; está muy cerca de la Place Saint Sulpice, entre ésta y el Boulevard Saint Germain.

—¿Va solo?

—Normalmente, sí.

Brigitte miró su reloj, y frunció el ceño.

—Supongo que a esta hora ya habrá cenado.

—Desde luego. Su dirección consta, también, en la fotografía, pero insisto en aconsejarle que no se acerque por allí. Aunque bien sé que usted hará lo que guste, como siempre.

Brigitte tendió a *monsieur* Nez su resguardo del equipaje, y se puso en pie, siendo imitada en el acto por el espía francés.

—¿Tiene usted el mismo teléfono de siempre, *monsieur*?

—Sí.

Ella asintió, tendiéndole la mano.

—Le estoy muy agradecida por todo. *Au revoir*!

—*Au revoir* —musitó *monsieur* Nez.

Una hora más tarde, Brigitte Montfort, alias Baby, estaba instalada en el elegante, apartamento facilitado por *monsieur* Nez. Para su sorpresa, su equipaje estaba ya en el apartamento cuando ella llegó. Lo colocó en el armario, recorrió el apartamento por pura rutina, pues no comprendía qué utilidad podría reportarle a *monsieur* Nez vigilarla a ella, y finalmente, cerca de las diez, se sentó en uno de los sillones del amplio salón, quedando pensativa.

¿Llamar a Simón-París, y decirle que la CIA debía despejar París? Bueno, eso ya se vería. Desechó la idea de llamar al agente, norteamericano con jefatura en París; si lo llamaba y le decía lo que estaba ocurriendo, sólo conseguiría ponerlo tan nervioso que, si los rusos, como era lógico, lo estaban vigilando, podían obtener conclusiones muy equivocadas.

—Es decir —reflexionó, sombríamente Brigitte—, espero que fuesen conclusiones equivocadas. De ninguna manera puedo admitir, ni de la CIA, ni de nadie, ningún motivo por el que sean asesinadas ciento veintiocho personas.

¿Conclusión?

Para Brigitte Montfort sólo podía haber una: había sido un verdadero accidente, por mucho que los técnicos franceses dijesen que la causa había sido una explosión.

Pero Brigitte se estaba haciendo una pregunta que la tenía desasosegada, ¿por qué los rusos sospechaban que la CIA había provocado aquel accidente? Porque, a fin de cuentas, una sospecha de tal envergadura debía estar respaldada por algo mucho más concreto y convincente que simple intuición o desconfianza.

Hacia las once, Brigitte Montfort se acostó, después de haber estado examinando detenidamente el rostro de Antón Polozoff en la fotografía que le había facilitado *monsieur* Nez.

Verdaderamente, tendría que ir con mucho cuidado con un hombre como Antón Polozoff.

Capítulo II

Antón Polozoff era, en verdad, tan asiduo al Etoile Rouge que, sin haberlo pedido, prácticamente se le reservaba siempre la misma mesa, hasta las siete y media. Si a esa hora no había llegado, se sabía que ya no llegaría.

Pero aquella, noche, como casi siempre, fue al Etoile Rouge. Miró hacia su mesa, luego al camarero que la atendía, y al asentir éste, fue a ocuparla. Era un hombre quizá demasiado serio, pero indudablemente amable y educado. Alto y fuerte, de hombros muy anchos, comía sin embargo lo estrictamente necesario, pero siguiendo una dieta agradable, adecuada, y, por lo general, selecta. Jamás bebía, más de media botella de vino. Tomaba café, pero nunca licores. Al parecer, tenía suficiente con la media botella de «Beaujolais».

No constituía ningún secreto la nacionalidad rusa de aquel hombre que hablaba perfectamente el francés, así que aquella noche, el camarero se apresuró a acudir a su mesa, con la vaga intuición de que quizá podría enterarse de algo. A fin de cuentas, *monsieur* Polozoff era ruso, como el avión que se había estrellado hacía tres días. Y hacía dos noches que él no iba a cenar al Etoile Rouge.

—Buenas noches, *monsieur* Polozoff.

—Buenas noches, Pierre. ¿Puede servirme ya?

—Por supuesto, *monsieur*. Creía que tampoco esta noche vendría usted. Supongo que ha estado muy ocupado.

Antón Polozoff se quedó mirando fijamente al camarero. Sí, *monsieur* Polozoff era un hombre educado y amable, pero, con aquella sola mirada, el camarero comprendió que *monsieur* Polozoff había adivinado sus preparativos para hacerle preguntas sobre el Ilyuschin de la Aeroflot, accidentado tres días antes. Y comprendió también que no iba a conseguir información alguna, en el supuesto

de que *monsieur* Polozoff dispusiera de ella.

—En efecto —asintió plácidamente Polozoff—: he estado muy ocupado. Por favor, tráigame media botella mientras examino la carta.

Fin de la cuestión. El camarero dejó la carta sobre la mesa, y fue en busca de la media botella de «Beaujolais». Cuando regresó con ella, *monsieur* Polozoff había elegido ya. Hizo el pedido, encendió un cigarrillo, y escanció vino en un vaso, pensativo.

Justo en el momento en que Antón Polozoff estaba bebiendo el primer trago de vino, apareció la muchacha rubia en el Etoile Rouge.

Rubia, de ojos verdes y grandes, boquita sonrosada… Tan elegante y hermosa, que incluso el generalmente impávido Polozoff se quedó un instante de más con el vaso en los labios. El resto de comensales todavía permanecieron estupefactos y en silencio un par de segundos más.

La muchacha permanecía ante la puerta, mirando alrededor. Había mesas en el centro del local, y además, a los lados de éste, unos largos asientos tapizados ante los cuales había mesitas que, generalmente, ocupaban un solo comensal. La muchacha fue hacia una de estas mesitas, tras vacilar. Justamente, hacia la contigua a la que ocupaba Antón Polozoff. Allí, convergió con el camarero, que se apresuró a acomodarla y a ofrecerle la carta, todavía atónito.

—Martini —dijo ella, una vez sentada; y sin mirar la carta, añadió—: Luego, sopa de cebolla y un filete de buey. ¿Es, posible?

—*Mais oui, mademoiselle*. ¿Para beber?

La muchacha miró la botella que Polozoff tenía ante él.

—Media botella de «Beaujolais», también.

—*Tout de suite.*

El camarero se alejó. La muchacha miró a Polozoff, y sonrió simpáticamente.

—Este es un agradable lugar —dijo.

Antón Polozoff la estuvo mirando fijamente, unos segundos. Luego, se puso en pie, fue hacia las mesas del centro del local, y cogió una de las sillas: La colocó ante la mesita ocupada por la muchacha rubia, y se sentó, de espaldas al centro del restaurante, después de trasladar su media botella de vino, y el vaso.

—Muy bien —murmuró—. ¿Cuál es el trato? La rubia asintió

con la cabeza.

—Le agradezco que facilite tanto el contacto, Polozoff. Pero quiero que sepa que he venido aquí para hablar en serio y con objetividad. Cualquier intemperancia u ofuscación por su parte será la señal para que la entrevista finalice.

—De acuerdo. Y yo quiero que sepa usted que todos los indicios están acusando a los americanos.

—Charlaremos sobre eso.

—Pero debo entender que su presencia aquí tiende a demostrar que ustedes no lo hicieron.

—Tengo la esperanza de que no, Polozoff.

El ruso frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Acaso no sabe usted lo que la CIA hace o deja de hacer?

—No.

—¿Y la han enviado aquí sin una completa información? —Se pasmó el ruso.

—No me ha enviado la CIA. El aviso proviene, por vía particular, de un buen amigo que tengo en el SDECE. Dicho amigo, y yo personalmente, le agradeceríamos a usted que después de saber esto, lo olvidase. ¿Puedo confiar en ello?

—De modo que el SDECE no quiere mezclarse en un asunto tan repugnante… Me parece natural. De acuerdo, no mencionaré ese servicio. Y por supuesto, si usted está aquí es para convencerme de que los americanos no han tenido nada que ver con el… accidente.

—No.

Antón Polozoff alzó las cejas, en gesto de sorpresa y de amable incredulidad. En ese momento llegó el camarero con el martini para la rubia, Polozoff le pidió que le sirviese la cena en la mesa de la señorita, y cuando se retiró, volvió a mirar a la rubia.

—¿No?

—No. He venido aquí, a verlo a usted, para intentar llegar a un acuerdo que nos permita a los dos investigar en la misma dirección, y por lo tanto, con más provecho. No pretendo convencerle de nada. Si ha sido la CIA, pues ha sido la CIA.

—Asombroso —sonrió Polozoff.

—Pero debo advertirle que tengo la esperanza de que no haya sido la CIA. Es más: mi opinión personal, por el momento, es que no

ha sido nadie. Un accidente desgraciado, eso es todo.

La rubia bebió un sorbo de martini, mientras Polozoff bebía «Beaujolais», sin dejar de mirarla. Cuando dejó el vaso, el ruso movió la cabeza, como molesto o preocupado.

—A decir verdad —murmuró—, yo también me resisto a admitir una acción semejante por parte de la CIA. De la CIA y de cualquiera, claro está. Sin embargo, debo decirle que está definitivamente comprobado que hubo una explosión en el avión.

—Bien… Pudo ser alguna materia inflamable, o quizá un motor, o…

—No. Fue en la zona de pasajeros.

—¿Están seguros de eso?

—Completamente.

La rubia aspiró profundamente.

—Está bien. ¿Puedo saber por qué sospechan de la CIA? Es de suponer que tendrán muy buenos motivos.

—Aparentemente, por el momento, sí.

—¿Qué motivos, son ésos?

Polozoff se pasó una mano por la frente, reflexivo.

—¿Cómo debo llamarla? —murmuró.

—Monique Lafrance.

—¡Ah, sí…! Tenernos constancia en nuestro Directorio de que acostumbra usted utilizar ese nombre francés con cierta frecuencia… De acuerdo, señorita Lafrance. Voy a…

—Pero usted sabe quién soy, ¿no es así? —sonrió la rubia.

—Por supuesto. En las actuales circunstancias, una mujer como usted, que viene al Etoile Rouge, donde nunca la he visto antes, y que se sienta a mi lado e inicia la conversación, sólo podía ser una. Espero que no me tenga usted por un pobre tonto.

—Todo lo contrario, a juzgar por lo que me han dicho de usted —sonrió de nuevo, Monique Lafrance.

—Sus informadores son muy amables. Bien, voy a hacerle una proposición razonable: cenemos, y luego la llevaré a un sitio donde le explicarán más adecuadamente que yo los motivos que tenemos para sospechar de la CIA. ¿Acepta?

—Sí.

—¿Sin reservas ni condiciones?

—Estimado colega: si ha habido alguien, sea de la CIA o no sea

de la CIA, capaz de preparar el asesinato de ciento veintiocho personas, yo quiero encontrarlo. Sea quien sea. Esto es todo.

—Espero —murmuró Polozoff— que disfrute usted de su cena. Este lugar, en efecto, es muy agradable.

Capítulo III

Antón Polozoff detuvo el coche en un punto de la Avenue de la Bourdonnais, a la derecha de Champ de Mars en dirección al Sena. A la izquierda, por entre las desnudas ramas de los altos plátanos, se veía la *Tour* Eiffel, iluminada.

—Este también es un agradable lugar —dijo Monique.

—Y sorprendentemente tranquilo, considerando que estamos en París.

—¿Quién vive aquí? Que nos interese a nosotros, claro.

—Olga Kovrichkin.

—¿La viuda del alto funcionario de la misión comercial soviética en París?

—Sí.

—¿Ustedes creen que a nosotros podía interesarnos matar a Alexei Kovrichkin por algún motivo? ¿Y que para hacerlo pusimos una bomba en el avión?

—No creo nada. De todos modos, sí sé que hay miles de maneras de matar a un solo hombre, así que no hace falta siniestrar un avión con ciento veintisiete personas más a bordo.

—Por supuesto. ¿Olga Kovrichkin es quien va a decirme por qué sospechan ustedes de la CIA?

—Sí.

—¿Por qué está todavía en París?

Polozoff se quedó mirando fijamente a la espía americana.

—Porque está esperando que los restos de ciento veintiocho personas sean… recogidos en un radio de quinientos metros para darles sepultura, simultáneamente. De ese modo, Olga Kovrichkin estará segura de que habrá asistido al entierro de su esposo.

Monique Lafrance bajó la cabeza, y no contestó. Polozoff estuvo esperando, en vano, unos segundos. Luego, salió del coche, y fue a abrir la portezuela del otro lado. Monique salió, el ruso cerró la

portezuela, y la tomó del brazo, señalando dos edificios más atrás.

Subieron a pie al primer piso. La puerta a la que llamó Polozoff fue abierta por un hombre de algo más de cuarenta años, estatura mediana, cabellos rojizos y ojos verdosos, que estaba muy pálido, de modo que destacaban sus muchas pecas. Parecía encontrarse mal.

—¡Ah, Antón…! Pasa —miró a Monique, expectante—. ¿Quién es?

—De la CIA —dijo escuetamente Polozoff.

Dejó entrar a Monique, y él lo hizo detrás. El otro cerró la puerta, y se volvió, mirando con los ojos muy abiertos a Monique.

—¿De la CIA? —susurró.

—Sí. Supongo que Olga no se ha acostado todavía.

—Claro que no. Hace rato que quería marcharme, pero me resisto a dejarla sola. Estábamos tomando café.

Antón Polozoff asintió, y señaló al pelirrojo, mirando a Monique.

—Él es Genardi Ruskov, uno de los subsecretarios de la misión comercial soviética, y amigo personal de los Kovrichkin. La señorita Monique Lafrance, Genardi.

—Encantado —murmuró éste—. ¿Lafrance? ¿No me has dicho…?

—Cualquier nombre es bueno —encogió los hombres Polozoff—. Vamos a hablar con Olga. ¿Hay alguien más en el apartamento?

—No, no. Todos están… están…

—¿Buscando? —Sonrió levemente Monique.

Los dos rusos se quedaron mirándola. Luego, Genardi Ruskov señaló hacia el interior del apartamento.

Olga Kovrichkin estaba en el salón, vestida de calle todavía. Se hallaba sentada en el sofá, inmóvil, con la mirada perdida en la pared de enfrente. El entrar los tres parpadeó, y miró hacia ellos.

—Buenas noches, Olga —murmuró Polozoff—. ¿Cómo te sientes hoy?

Monique Lafrance estaba mirando con gran atención a Olga Kovrichkin. Ésta era más bien delgada, de carnes muy pálidas, grandes ojos oscuros y pómulos muy altos. Vestía bien, simplemente. Parecía tener unos cuarenta y cinco años, y no era ni bonita ni fea. Una mujer vulgar y corriente, a la que ningún hombre miraría dos veces.

—Me siento bien, gracias, Antón —musitó.

—Te presento a la señorita Lafrance. Monique Lafrance;… Es un nombre falso, sin embargo. Trabaja para la CIA.

Olga Kovrichkin se sobresaltó y palideció. Sus ojos se abrieron más, contemplando con más atención a la rubia visitante. Luego miró desconcertada a Polozoff, que alzó las manos en un gesto de calma.

—La señorita Lafrance quiere saber por qué creemos que la CIA ha tenido algo que ver en esto. Y yo deseo que se lo expliques, Olga.

—¿Te refieres a lo de los dos americanos?

—Claro. Siéntese, señorita Lafrance —señaló Polozoff el sofá, junto a Olga Kovrichkin. Monique se sentó, y murmuró:

—¿Qué dos americanos?

Olga Kovrichkin miró a Polozoff, que asintió, se sentó en un sillón, y encendió un cigarrillo. Genardi Ruskov se colocó de pie junto al sillón, mirando fijamente a Monique Lafrance, que esperaba respuesta a su pregunta.

—Los dos americanos del restaurante chino —susurró Olga Kovrichkin—. Últimamente, a Alexei le dio por ir a cenar a ese restaurante. Fuimos varias noches seguidas. La última noche, estuvieron allí dos americanos, cenando en una mesa cerca de nosotros… Alexei había estado muy nervioso y Contento en los últimos días, pero, al ver a los americanos me pareció que se asustaba. Estábamos terminando de cenar cuando Alexei dijo que tenía que ir a los servicios… Fue allá. Uno de los americanos se fue también a los servicios, poco después. Al cabo de unos minutos, el americano regresó.

Poco después, lo hizo Alexei. Estaba muy pálido, demudado. Me pareció que le temblaban las manos. Le pregunté si se encontraba bien, y me dijo que sí. Yo pensé que quizá la cena no le estaba sentando bien, pero que no quería preocuparme. A los pocos minutos, cuando aún no habíamos terminado de cenar, dijo que teníamos que irnos. La… la verdad es que yo estaba disfrutando de la cena, pero me pareció egoísta por mi parte insistir en quedarnos, pues estaba ya convencida de que él no se encontraba bien. Así que… nos fuimos.

Silencio.

Monique Lafrance alzó las cejas, y miró a Polozoff.

—¿Eso es todo? —exclamó.

—No —negó Polozoff—. Dos días después de eso, Olga fue a recoger con el coche a Alexei, y vio allí, esperando, a uno de los dos americanos del restaurante chino. Cuando Alexei salió del edificio, el americano se acercó a él. Alexei lo vio, palideció, y apretó el paso hacia el coche, se metió dentro, y le dijo a Olga que arrancase enseguida. Al día siguiente, por el balcón —Polozoff señaló hacia la gran puerta-ventana—, Olga vio a los dos americanos paseando por la calle, y mirando hacia la casa. Aquel día, Alexei no quiso salir de casa. Llamó a la oficina para decir que no se encontraba bien, y permaneció aquí todo el día. Otro día más tarde, al regresar de su trabajo, le dijo a Olga que había decidido ir a Moscú, y que ya tenía el pasaje. Iría él solo. Dos días más tarde, salió de aquí hacia Orly, en su coche, negándose terminantemente a que Olga le acompañase al aeropuerto. Dijo que dejaría el coche allí, y lo utilizaría a su regreso de Moscú… Y ni siquiera llegó a Moscú.

Silencio.

Monique Lafrance estuvo unos segundos pensativa, antes de musitar:

—¿Y cómo sabe usted —miró a Olga Kovrichkin— qué aquellos dos hombres eran americanos? ¿Se lo dijo su marido?

—No, no. Me parecieron americanos y…

—¡Le parecieron americanos! —exclamó Monique—. ¿Qué quiere decir con eso? ¡Hay miles de hombres que parecen americanos y qué son… rusos, por ejemplo! ¡Y miles de americanos que pueden parecer rusos, o franceses, o italianos! ¡Vamos, señora…!

—Es que… les oí algunas palabras, y… y me pareció… Bien, yo estoy segura de que eran americanos.

—¿Completamente segura?

—Sí… Sí. Incluso estuve a punto de preguntárselo al camarero chino que nos servía, pero no me atreví. Además, ya le digo que estaba segura. Yo… yo conozco bien a los americanos.

—Está bien. Pero aun suponiendo que efectivamente fuesen americanos, ¿qué prueba eso?

—Lo del restaurante tan sólo, no prueba nada —dijo Antón Polozoff—. Pero si le sumamos lo demás, nosotros consideramos que tenemos suficiente base para sospechar de esos dos

americanos…, y por lo tanto, para investigar. Los estamos buscando.

—¿Los están buscando? ¿De qué modo?

Polozoff sacó dos fotografías de un bolsillo interior, y las tendió a Monique. Cada fotografía correspondía a un hombre. Ambos de poco más de treinta años, bien parecidos, facciones simpáticas. Eran fotos-robots, desde luego.

—¿La señora Kovrichkin dictó estos rostros?

—Así es. Hemos obtenido copias, que están circulando por París, en los medios adecuados.

—Ya. Muy bien, vamos a aceptar que son americanos. ¿Y qué? Pueden ser americanos y no ser de la CIA, ¿no? ¡Esto no me parece suficiente base para acusar a nadie, Polozoff!

—Nosotros —deslizó suavemente el ruso— no estamos acusando a nadie, señorita Lafrance. Solamente estamos investigando. ¿No haría usted lo mismo?

Monique Lafrance vaciló un instante, pero tuvo que admitir:

—Sí. Lo haría, desde luego. ¿Puedo quedarme estas fotografías?

—Ciertamente. Tenemos muchas más. ¿Va a preguntarle al jefe de la división de la CIA en París si estos dos hombres son de la CIA?

—Eso pienso hacer.

—¿Y qué cree que le contestará él? —sonrió, secamente, Polozoff.

—La verdad.

—No puede usted ser tan ingenua, señorita Lafrance. En primer lugar, es seguro que estos dos hombres no pertenecen al equipo habitual de la CIA en París. En segundo lugar, aunque así fuese la CIA no lo admitiría si sabe que los estamos buscando. Y en tercer lugar, y para ser sincero con usted, tengo la triste convicción de que estos hombres están ya muy lejos de París.

—En ese caso, no debería perder el tiempo buscándolos aquí.

—Es que no los estamos buscando solamente en París —deslizó amablemente Polozoff—. Ni solamente en Francia, ni solamente en Europa… ¿Me comprende usted?

—Por Dios… ¿Se trata de una búsqueda mundial?

—Naturalmente.

Monique Lafrance permaneció en silencio largo rato, mirando las fotografías de aquellos dos hombres. De pronto, se puso en pie.

—Lo primero que quiero hacer es asegurarme de que estos dos hombres estuvieron en ese restaurante chino, y de que eran americanos. ¿El camarero que les servía habla inglés?

—Sí… Les sirvió el mismo que a nosotros —dijo Olga Kovrichkin—. Sí habla inglés, sí.

—¿Sabe usted cómo se llama ese camarero chino?

—Claro que no —se pasmó Olga—. Pero siempre nos servía el mismo. Se reparten las mesas por zonas, ya sabe…

—Sí, claro. ¿Qué mesa ocuparon ustedes ese día?

—¡Oh!, siempre íbamos al mismo rincón. No recuerdo el número de aquella mesa… Además, hay cuatro allí, en esa parte… Bueno, hay un pequeño acuario con peces de colores. De esos iluminados, con agua siempre a la misma temperatura, y pequeñas plantas muy bonitas… Nos gustaba mucho aquel sitio.

—¿Cuál es el nombre de ese restaurante?

—Tonkin… Está en Rué Berri, pero no recuerdo el número.

—Un restaurante es mucho más fácil de localizar que un hombre, Olga —dijo Genardi Ruskov, mirando con gran atención a Monique—. ¿Piensa usted ir allí?

—Si. Por algún sitio hay que empezar.

—Es una pérdida de tiempo —dijo Polozoff.

—Yo no lo veo así —reflexionó Genardi Ruskov—. Todo esto es demasiado serio para dejar suelto el más pequeño detalle, Antón. Y si recuerdas, ya te dije que fueses al restaurante a ver a ese chino y hacerle unas cuantas preguntas sobre los dos americanos.

—Sí, lo recuerdo —encogió los hombros Polozoff—. Está bien, iré allá con la señorita Lafrance. A menos —miró a Monique— que usted prefiera ir sola.

—No. Por el contrario, prefiero que venga usted. ¿A qué se dedicaba Alexei Kovrichkin?

—¿A qué se…? Ya se lo he dicho, y lo sabía usted, era funcionario de la misión comercial nuestra.

—¿No hacía labor alguna para la MVD?

—No, él no.

—¿Sabía algo importante, pasaban por sus manos documentos o había estado alguna vez en Estados Unidos?

—No, no y no a sus tres preguntas.

—¿Hay algo especial en este apartamento?

—¿Especial? —se sorprendió Olga Kovrichkin—. Claro que no. Bueno, Alexei tenía una pistola, pero…

—Eso no es nada especial —sonrió secamente Polozoff—. Todos llevamos pistola, ¿verdad, señorita Lafrance?

—¿Debo entender —Monique miró a Olga— que su marido llevaba la pistola encima, habitualmente?

—¡Claro que no! Está por ahí, en un cajón… Ni siquiera se acordaba de ella.

—¿Se la llevó cuando salió de aquí hacia Orly?

—Pues no sé… Supongo que no. ¿Quiere que vaya a mirarlo?

—Se lo ruego.

Olga Kovrichkin salió, del salón, y Monique se volvió a sentar. Genardi Ruskov, que tenía el ceño fruncido, masculló:

—No veo qué importancia puede tener que Alexei llevase o no llevase pistola. Además, si estaba asustado, quizá decidió llevarla, por si le atacaban los dos americanos. De todos modos, no lo creo… En los aviones no permiten.

—Usted, señor Ruskov, está olvidando que ese avión era de la Aeroflot, y que Alexei Kovrichkin, como integrante del personal diplomático general de Rusia, quizá obtuviese facilidades para ir armado. Eso sin contar con que si llevaba lo que se podría considerar valija diplomática, podía ocultar allí la pistola, sabiendo que nadie le iba a obligar a abrir su valija. ¿Llevaba valija?

—¿Y yo qué sé? —masculló Ruskov—. No estaba aquí cuando él partió hacia el aeropuerto.

—Puesto que usted trabajaba con él…, ¿había notado si últimamente estaba nervioso? Genardi Ruskov miró a Polozoff, que asintió con la cabeza, autorizándole.

—Claro que estaba nervioso estos últimos días.

—¿Y no sabe usted el motivo?

—¿El motivo? Bueno, tener a dos americanos tras los talones no es precisamente para sentirse feliz, le pregunté si podía hacer algo por él, y casi me contestó con malos modos. ¿Nervioso? Estaba asustadísimo, ésa es la verdad.

—¿Sabe usted con qué pretexto, o labor real, quería ir a Moscú?

—No. Y no se lo, dijo ni siquiera a Olga. Simplemente, decidió marcharse. Asustado, desde luego.

Olga Kovrichkin reapareció en el salón. Parecía desconcertada.

—No encuentro la pistola —murmuró.

—¿Se da cuenta? —exclamó Ruskov—. ¡Estaba tan asustado que esta vez llevaba la pistola!

—Está bien —Monique se puso de nuevo en pie—. El señor Polozoff y yo vamos a ir ahora al restaurante chino Tonkin, y él ya les informará sobre nuestras próximas decisiones. Siento mucho lo sucedido, señora Kovrichkin.

Ésta permaneció en silencio. Genardi Ruskov miraba hoscamente a Monique. Antón Polozoff la tomó del brazo, y salieron del salón, y enseguida, del apartamento.

Poco después, los dos estaban de nuevo en el coche, el ruso ante el volante.

—¿En verdad quiere que vayamos a ese restaurante?

—Sí.

—Bien… Quizá usted y Genardi tengan razón. El también opina que hay que asegurarse mucho, de las cosas. Es pronto, así que no vamos a tener problemas. Perdone un momento —sacó la radio del bolsillo, qué había zumbado suavemente, y admitió la llamada—. Sí, adelante.

—Antoni, soy Piotr. Acabamos de recibir un comunicado por el que se nos avisa la llegada, mañana mismo, de algunos camaradas procedentes de Moscú, que vienen para asistir al entierro de Alexei Kovrichkin y las demás víctimas. Camaradas importantes, desde luego.

—Está bien. ¿Sabemos ya cuándo será el entierro múltiple?

—Posiblemente mañana mismo.

—Entendido. ¿Qué hacen los americanos?

—Lo de siempre. Están muy tranquilos. ¿Vas a venir?

—No. Por el momento, estoy ocupado. Ya te llamaré, Piotr.

—Bien.

—Espera… Supongo que entre esos camaradas vienen aquéllos cuyo viaje ya estaba previsto hace un par de semanas.

—Sí, sí. Pero ésos no asistirán al entierro, sino que vienen a trabajar, a ocuparse de los asuntos pendientes. Como es lógico, Boris Boroduey encabeza ese grupo. Parece ser que…

—Es suficiente. Adiós, Piotr.

Cerró la radio, la guardó y puso en marcha el coche.

Subieron por Avenue Rapp, cruzaron el Sena por Port

D'Alma,
rodearon la plaza de esté mismo nombre, y subieron por Avenue George V, hasta la Avenue des Champs Elysées. Al otro lado, delante mismo de ellos, estaba la Rué Berri.

Eran poco más de las diez cuando, tras haber dejado el coche estacionado en doble fila, el espía ruso y la espía americana entraban en el restaurante chino Tonkin. El *maître* acudió rápidamente, sonriendo. Por supuesto, era chino, como todos los camareros que circulaban por entre las mesas rojas y cubiertas con blanquísimos manteles…

Antón Polozoff señaló hacia el fondo y la derecha, y Monique Lafrance asintió. Ella también había visto el ambientado rincón, en el que la luz del pequeño acuario daba una tonalidad diferente al resto del comedor.

El *maître* era un hombre sagaz, hasta cierto punto.

—Queda una mesa libre, allí —dijo, tras saludar—. Si les gusta el sitio…

—No venimos a cenar, hoy —rechazó Polozoff—. Sólo queremos conversar con uno de sus camareros, si es posible.

—Naturalmente, señor. Si me dicen de cuál se trata, lo enviaré al vestíbulo en cuanto tenga un momento libre. Como usted verá —señaló ante él—, todos estás ocupados… En Tonkin servimos siempre las mejores comidas chinas. ¿De quién se trata?

—No sabemos su nombre. Pero —Polozoff señaló hacia el pequeño acuario iluminado— sí sabemos que acostumbra servir las mesas de aquel rincón.

El chino no era todo lo impasible que según el tópico suelen ser los de su raza. Por un instante, un destello de desconcierto y preocupación pasó por sus negros ojos.

—¡Ah…! ¿Quizá ustedes también se interesan por Wo Lai?

—¿También? ¿Quién más se ha interesado por él?

—Yo mismo, señor. Bueno, supongo que están buscando a Wo Lai, porque hace cuatro días que no viene a trabajar… Ese es el motivo por el que yo también le busco. Mucho me temo que haya sufrido un accidente, y todavía no esté en condiciones de notificármelo.

—Según entiendo, Wo Lai es quien, hasta hace cuatro días, servía aquellas mesas. Pero, desde hace cuatro días, no tienen

noticias de él.

—Así es, señor.

—¿No lo han llamado por teléfono?

—Sí, sí… Pero no contesta. Incluso, envié a otro empleado a su apartamento, pero no está allí, evidentemente.

—¿Dónde vive?

El *maître* vaciló. Polozoff no se alteró en absoluto. Sacó un billete de cien francos, y lo dejó sobre la palma de su mano izquierda extendida. De nuevo vaciló el *maître*, pero acabó por coger el billete, discretamente.

—Segundo piso, puerta 2, en el 16, Rué Gabrielle. Eso está al pie del Sacre Coeur, en Montmartre.

—Gracias.

Salieron del restaurante, y volvieron a ocupar el asiento delantero del coche, siempre Polozoff al volante. Monique Lafrance abrió su bolso, contó noventa francos en billetes, y los tendió al ruso, que alzó las cejas.

—¿Y…?

—Cuarenta francos de la cena, y cincuenta por la mitad de ese pequeño soborno. Y no admito negativas.

Antón Polozoff estuvo unos segundos mirándola atentamente, con una simpática sonrisa en su huraño rostro. Por fin, tomó el dinero, y se lo guardó.

—Entiendo —dijo—: la colaboración es total y sincera, ¿no es así?

—Por mi parte, así es.

—Me parece magnífico. ¿Tiene algo que hacer esta noche?

—Por el momento, nada mejor que ir al 16, Rué Gabrielle.

Capítulo IV

El 16, Rué Gabrielle era una casa de tres pisos, por supuesto vieja y cochambrosa, en absoluto una maravilla arquitectónica ni de iluminación. El portal estaba abierto, pero se veía oscuro. Uno de esos portales que una persona pacífica y poco dada a complicarse la vida evitaría en todo momento.

Habían dejado el coche en Rué Berthe; la inmediata más abajo, para llegar allí a pie, como dos turistas en curioso paseo. No había demasiada gente por la calle, pero sí habían visto alguna que otra mujer en varios portales, a la espera de clientes poco exigentes.

—Si no ha contestado al teléfono, ni a su compañero del restaurante que vino a buscarlo, es que no está —murmuró Polozoff —. ¿Qué opina usted?

—Quizá sí está —dijo Monique—, pero no puede contestar a ninguna clase de llamada.

Polozoff asintió con gesto sombrío.

—Sí, eso he estado pensando yo también. ¿Prefiere quedarse aquí?

—¿En el portal? —sonrió la bellísima rubia. El ruso también sonrió.

—Supongo que eso podría colocarla en una situación violenta — asintió—. Y de todos modos me sorprendería bastante que usted tuviese… miedo. Quiero decir, que aunque lo tuviese, subiría.

—Eso es puntualizar bien las cosas. Subamos.

Por supuesto, a pie. En el segundo piso, como en el primero, había dos puertas. A la parca luz del encendedor de Polozoff vieron el número 2 sobre una de ellas. Monique pulsó el timbre.

Un minuto después, ambos silenciosos, completamente a oscuras, el silencio en el apartamento persistía. Hasta que Monique susurró:

—¿Abro yo o abre usted?

—Será mejor que yo encienda de nuevo el encendedor.

La llamita volvió a brillar. Monique abrió su bolso, sacó de él una horquilla, y comenzó a hurgar con ella en la cerradura. Tuvo que sustituirla por la lima para uñas. Con ésta, tardó siete segundos en abrir. Introdujo el brazo dentro del apartamento, encontró el interruptor y encendió la luz.

Cuando se volvió hacia Polozoff, éste tenía la pistola en la mano, y la estaba apuntando al vientre. Se quedaron mirándose, sonriendo ambos secamente.

—¿Juego sucio? —preguntó Monique.

—Supongamos que sí. Podría matarla ahora mismo.

Monique Lafrance giró un poco más, quedando completamente de frente a Polozoff…, de modo que éste pudo ver entonces la mano izquierda de la espía americana, empuñando una pequeña pistola…, que apuntaba al vientre del espía soviético.

—Me pregunto —deslizó amablemente— qué conclusión sacarían la MVD y la CIA cuando supiesen que ambos habíamos sido hallados muertos en este lugar, Antón.

—Supongo que tendrían mucho que pensar —Polozoff pasó ante ella, entrando en el apartamento—. Vamos a echar un vistazo.

Monique también entró, cerró la puerta, y como el ruso, continuó con la pistola en la mano. Estuvieron escuchando unos segundos, con la mirada fija en el fondo del sucio pasillo. Polozoff comenzó a caminar hacia allí, y Monique le siguió.

Había dos puertas a cada lado del pasillo, y, al fondo, otra, que daba a la cocina. Además, de ésta, el apartamento se componía de dos habitaciones, un horrendo cuarto de baño, y un comedor salita.

Wo Lai no estaba allí.

Monique Lafrance se sentó en uno de los mugrientos sillones, y miró a Polozoff, que contemplaba críticamente el mobiliario, en especial la reducida librería.

—¿Le parece admisible que Wo Lai pertenezca al servicio secreto chino?

Polozoff la miró.

—Por supuesto. Pero, ¿qué trata de decir?

—Alexei Kovrichkin, según tengo entendido, comenzó de pronto a sentir predilección por las comidas chinas. Así que, con mucha frecuencia, fue a cenar al Tonkin. ¿Le sugiere eso algo?

—No me gusta lo que trata de sugerir usted.

—Lo cierto es que Kovrichkin fue varias veces al Tonkin, y que en cambio, los dos americanos fueron allá una sola vez, según la esposa de Kovrichkin. Por cierto, quizá debimos preguntarle al chino del restaurante si había visto alguna vez allí a esos dos americanos… ¿Por qué no le mostró las fotografías?

—Porque las tiene usted.

—Usted tiene otras, sin duda. ¿O no?

—Sí. Pero para mí es suficiente la explicación de Olga Kovrichkin.

—Sea razonable, Antón. Hemos convenido en aceptar las cosas con objetividad, caiga quien caiga. ¿No le sugiere nada la súbita preferencia de Alexei Kovrichkin por la comida china?

—Kovrichkin tenía bien poco que ofrecer al servicio secreto chino.

—¡Ah…! Pero ya me ha querido entender usted, ¿verdad? ¿No es factible que tuviese algo que ofrecer o algo que recibir, y que Wo Lai fuese su contacto con el servicio secreto chino?

—En cuyo caso, los dos americanos todo lo que hacían era vigilarlo. ¿Se trata de eso?

—¿Por qué no? Imaginemos que fue eso lo que ocurrió: los dos americanos…

—Dice usted americanos con un tono muy especial.

—Es que todavía no está, demostrado que esos hombres sean americanos. Ni siquiera está demostrado que existen. Pero vamos a darlo por cierto: son americanos y existen, claro. Muy bien. Ellos vigilaban a Alexei Kovrichkin. O quizá, a Wo Lai. Kovrichkin se asusta… ¿Qué hace, entonces?

—Avisa al servicio secreto chino de la vigilancia de esos dos americanos.

—¿Y qué hace el servicio secreto chino?

—Elimina a los dos americanos… y a Alexei Kovrichkin.

—No parece muy satisfecho de nuestras deducciones, Antón.

—Me satisfarían, si a Kovrichkin lo hubiesen matado de otro modo. Pero yo no concibo que para matar a un solo hombre se coloque una bomba en un avión donde viajan ciento veintisiete personas más. No concibo eso ni siquiera en los chinos. Todo tiene un límite.

—Sí. Pero hagámonos otra pregunta. En el avión de la Aeroflot viajaban Alexei Kovrichkin, ciento veintisiete personas más, y, ¿qué más?

—¿Qué?

—¿Qué más había en ese avión ruso… que iba a Rusia?

—No lo sé.

—¿Pero puede saberlo?

—Supongo que sí.

—De acuerdo —Monique se puso en pie—. Entérese de ello. Por mi parte, voy a buscar contacto radial con Simón-París, y le enseñaré las fotografías de esos dos americanos.

—Según yo entiendo, usted está queriendo mezclar en esto a los chinos.

—¿Yo? —se sorprendió Monique—. Claro que no. Wo Lai es un ser real, ¿no es cierto? Y ha desaparecido… hace cuatro días, es decir, un día antes de que el Ilyuschin se estrellase. Todo eso no es una invención o un capricho mío.

—Está bien. ¿Vamos a separarnos ahora?

—Creo conveniente que cada uno pulse sus resortes en París.

—¿Cuándo volveremos a entrar en contacto?

—Si usted puede prescindir de su radio de bolsillo hasta que sus compañeros le entreguen otra, podrá llamarme cuando quiera. O yo a usted.

—Si le entrego mi radio, usted podrá enterarse de todo lo que hablen mis compañeros de París.

—En primer lugar, no creo que sus camaradas intercambien secretos de estado. En segundo lugar, lo único que me interesa a mí es este asunto, y no creo que sus camaradas hablen estos días de otras cosas. Y en tercer lugar, no tengo que escuchar nada, porque todo aquello que yo deba saber, usted me lo dirá.

¿Cierto?

Antón Polozoff estuvo reflexionando unos segundos. Luego, sacó su radio, la abrió, y cambió la disposición de las placas receptoras de onda. Esto era, simplemente, colocar a Monique en disposición de captar llamadas por esa misma onda, y ninguna otra llamada. Si él colocaba otra radio en esa misma onda, ambos estarían en contacto, pero Monique no podría interferir las conversaciones de los agentes de la MVD en París.

Los dos sabían esto. Por eso, cuando Polozoff le entregó la radio, preguntó:

—¿Le parece mal?

—No —ella guardó la radio en su bolsito—. Vámonos ya de este lugar. Huele mal.

—Sigo pensando que quizá no sea razonable mezclar a los chinos en esto.

—Sólo estamos investigando. Y hay un chino, ¿no?

Salieron del apartamento, y bajaron los dos pisos a oscuras. Segundos después, estaban en la calle… Y apenas salir a ésta, Monique Lafrance respingó, y miró a Polozoff, que había quedado petrificado.

—¿Decía usted algo —preguntó Monique, ahora en ruso— respecto a que no es razonable mezclar en esto a los chinos?

Antón Polozoff no contestó, porque era evidente que se había equivocado de modo total: allí, en la calle, ante ellos, había cuatro hombres de raza china, mirándolos, silenciosos. Y los dos comprendieron perfectamente que los estaban esperando. Así de sencillo, los habían visto llegar, les habían permitido curiosear en el apartamento de Wo Lai, y los habían esperado.

Los seis estaban inmóviles.

De pronto, uno de los chinos se movió, adelantándose y señalando, siempre en silencio, en dirección a la Place Coudeau, hacia la cual comenzó a caminar, volviéndoles la espalda. Los otros tres chinos, simplemente, se colocaron detrás de Polozoff y Monique, que también comenzaron a caminar.

—Según tengo entendido —susurró Polozoff, también en ruso ahora—, usted es capaz de salir bien librada de cualquier situación… ¿Es cierto?

—¿No le gustan los chinos, Antón?

—No me gusta tratar con los chinos cuando son ellos quienes imponen las condiciones.

—A mí tampoco.

—¿Lo intentamos?

—Cuando usted guste.

Antón asintió con la cabeza. Inmediatamente, se volvió, dio un extraño salto sobre una sola pierna, acercándose a uno de los chinos, y antes de que éste tuviese tiempo de sacar la mano derecha

del bolsillo, lanzó su pie derecho, incrustándolo entre las ingles del hombre, que lanzó un berrido y saltó como una pelota, encogido.

Simultáneamente, Monique Lafrance ponía fuera de combate a otro chino, también utilizando su pie derecho, que subió de modo inverosímil hasta la barbilla del adversario elegido. Allí, la planta del pie golpeó, con tal fuerza que el chino saltó de espaldas y con las piernas hacia arriba, para caer de cabeza. Inmediatamente, y al mismo tiempo que el tercer chino sacaba su pistola, Monique Lafrance giraba hacia él, como en un paso de danza, y quedaba a menos de un metro de distancia, flexionadas las piernas, la izquierda más adelantada que la derecha…, mientras lanzaba su puño derecho, que se hundió en la boca del estómago del oriental, con seco impacto. El chino puso los ojos en blanco, dejó caer la pistola, y comenzó a caer hacia delante como muerto.

Plop, oyó Monique tras ella.

Y simultáneamente, a su izquierda, otro sonido de disparo con silenciador. En este lugar oyó también el grito del chino que les había precedido, y lo vio caer hacia atrás, girando sobre sí mismo, como una peonza, para caer de bruces.

El primer chino golpeado por Polozoff comenzaba a incorporarse, lentamente, todavía transido de dolor. Monique vio a Polozoff inmóvil, un poco encogido, con la mano izquierda apretándose el costado, y sosteniendo la pistola con la derecha… Saltó hacia el chino que comenzaba a reaccionar, y lo derribó de un puntapié en la garganta, mientras le gritaba a Polozoff:

—¿Puede correr?

Polozoff giró, y echó a correr, alejándose de los chinos, con Monique a su lado. Comenzaban a oírse gritos de mujeres, y voces de hombres. De un portal salió una mujer, que fue arrollada por el espía soviético, derribada como si hubiese sido un palillo… La mujer comenzó a chillar agudamente.

Monique volvió la cabeza, y vio a dos de los chinos poniéndose en pie, trabajosamente.

—Nos van a disparar —jadeó.

Un instante después, dos balas chascaban por encima de sus cabezas.

Giraron a la derecha al llegar a la esquina con Rué Devret, y bajaron por ésta a toda la velocidad, hacia Rué Berthe. El coche

estaba apenas doblar de nuevo la esquina hacia al derecha. Polozoff había guardado la pistola, y, sin dejar de correr, sacó las llaves del coche, y las tendió a Monique, que las tomó, comprendiendo.

Llegaron al coche, ella, abrió, saltó a su interior, y abrió la portezuela del otro lado. Antón Polozoff entró a toda prisa, y apenas había cerrado la portezuela cuando ya Monique arrancaba. El coche pareció saltar. Polozoff había sacado de nuevo la pistola, y estaba mirando hacia atrás, tenso el rostro.

—¿Vienen? —preguntó Monique.

—No… Todavía no.

Ni siquiera tuvieron tiempo de volver a ver a los chinos.

No fue en modo alguno fácil conducir velozmente por aquel dédalo de calles estrechas, pero tres minutos más tarde, Monique Lafrance conseguía llegar al Boulevard Clichy, y condujo por éste hacia Place Clichy, que cruzó de cualquier manera, sin fijarse en nada, para enfilar el Boulevard des Batignolles. Al llegar aquí, redujo la velocidad, y lo abandonó al llegar a la primera esquina.

Veinte minutos más tarde, la espía americana detenía el coche en la Avenue Roosevelt, delante mismo de Rond Point des Champs Elysées. Paró el motor, lanzó un suspiro, y se volvió a mirar a Antón Polozoff.

—¿Dónde le ha alcanzado?

—En el costado. No es nada, pero duele. Creo que maté al chino que me disparó.

—No. Luego lo vi ponerse en pie. Debió herirlo, solamente. ¿Lo llevo a algún sitio, Antón?

—No, no… Gracias. Me las arreglaré solo. Pero usted tendrá que tomar un taxi. Debo pedirle perdón, señorita Lafrance.

—¿Sí? —se sorprendió ella—. ¿Por qué?

—Era evidente la intervención de los chinos, pero tal como usted había previsto, yo estaba predispuesto a encontrar culpables a los americanos. Lo siento.

—Quizá fuesen los americanos —susurró Monique—. La intervención china no demuestra que ellos colocasen artefacto explosivo alguno en el Ilyuschin tan sólo que están en el juego. Usted reside en París, Antón, ¿no tiene idea de lo que puede significar todo esto?

—No.

—Está bien. ¿De verdad no me necesita?

—No, gracias.

—Pero supongo que seguimos con nuestro trato.

—Claro que sí.

—Adiós, Antón.

—Adiós.

Monique Lafrance salió del coche, y se alejó, hacia los Campos Elíseos. Eran las once y diez minutos de la noche.

Capítulo V

A las once y treinta y dos, uno de los coches que circulaban por los Campos Elíseos en dirección a la Place de
l’Etoile,
se detuvo un instante delante de la rubia que esperaba. La rubia entró en el coche, y éste reanudó su marcha. El hombre que iba al volante volvió la cabeza rápidamente y sonrió.

—¿Ha pasado frío? Hemos venido lo más rápidamente posible.

—¿Está bien? —se interesó el que iba en el asiento de atrás.

—He pasado un poco de frío, pero estoy bien —sonrió la bella rubia—. Gracias por venir. ¿Usted es Simón-París?

—Sí. Hasta ahora, el jefe de zona. Naturalmente, estoy a su disposición.

—Todos estamos a su disposición —dijo el del volante.

—Muy amables.

—No sabíamos que estaba en París.

—Llegué ayer, en principio para atender una información de índole personal, pero las cosas se han complicado un poco esta noche. ¿Tenemos alguna posibilidad de contacto con el servicio secreto chino?

—Sí, claro. Conocemos a su jefe, en París. Es un chino viejo y astuto como una manada de zorros, llamado Tin Pao. Tiene una librería en Rué de Babylone.

—¿De Babylone? ¡Qué divertido!

—¿Divertido? ¿Por qué?

—¿No comprende? Ya sé que en francés, Babylone significa Babilonia, pero en inglés, Baby Lone cambia de significado, ¿no le parece?

—¡Sí que es divertido! —exclamó el del volante.

—Bastante —sonrió Simón-París—. ¿Tenemos que entrar en contacto con el viejo Pao?

—Estudiaré más tarde esa posibilidad. Lo primero de todo es que miren estas fotos-robot, y me digan si conocen a estos dos hombres.

Simón-París encendió la luz interior del coche, tomó las fotografías, y sólo ver la primera respingó, y miró vivamente a Monique Lafrance.

—¿Qué significan estas fotografías? —exclamó.

—¿Los conocen?

Simón miró la fotografía del otro hombre.

—¡Claro que los conocemos! ¡Éstos hombres…!

—¿Son de los nuestros? —Palideció Monique.

—Sí, pero…

—Hay miles de fotografías como éstas por todo París. Y por toda Francia, Europa, y por todo el mundo, según me han dicho. ¿No lo sabían ustedes?

—No… No.

—¿Dónde están estos dos Simones?

—Bueno, no son propiamente Simones —aclaró Simón-París—. Son mercenarios de los que la CIA suele contratar, en ocasiones, para trabajos… poco simpáticos.

—¡Dios mío! ¡Eso es todavía peor, Simón! Tengo que hablar con estos hombres inmediatamente. ¿Dónde…? ¿Qué ocurre?

Simón-París estaba moviendo negativamente la cabeza. A la última pregunta de Monique, respondió:

—Nadie puede ya hablar con ellos, Baby: están muertos.

Baby se irguió, sobresaltada. Luego, pareció deshincharse, recostándose en el asiento, y quedó pensativa… Tan pensativa, que ni siquiera se dio cuenta de que estaba ya en la Place de
l’Etoile,
rodeando al Arco de Triunfo, para, regresar hacia el centro de París.

—Muertos… —susurró, por fin—. ¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo?

—Los asesinaron. Calculamos que hace cuatro o cinco días.

—¿Y cómo están ustedes tan tranquilos?

—¿Tranquilos? —se desconcertó Simón—. No comprendo.

—Los rusos los están vigilando, y aseguran que ustedes están muy tranquilos.

—¡Ah! —Se endureció la expresión de Simón—. ¿De modo que, además de eso, nos están vigilando a los demás? Bien, precisamente previniendo eso es por lo que estamos conservando la calma,

mientras nos dedicamos a investigarlos a ellos, a nuestra vez.

—Ustedes están investigando a los rusos —se pasmó Baby—. ¿Por qué?

—Las balas que sacamos de los cuerpos de Dooley y Crandon son rusas. Morton Dooley y Jess Crandon son estos hombres de las fotografías.

—¡Sí; sí, entiendo…! Entonces, ¿ustedes están convencidos de que han sido los rusos quienes han matado a Crandon y Dooley?

—Por el momento, no podemos pensar otra cosa. Y nos gustaría saber por qué. Es decir, nos gustaría saber qué buscaban los rusos en el apartamento que compartían Crandon y Dooley.

—No, no, no, no —negó Baby… No han sido los rusos, no.

—Puede que hayan sido los chinos, utilizando una pistola rusa, claro está —admitió Simón-París—. Puede haber sido cualquiera. Pero lo cierto es que los mataron con una pistola rusa. Crandon tenía un balazo en el corazón, y otro en el estómago. Dooley, solamente un balazo: en la nuca. Alguien fue allá, los asesinó, y se dedicó a registrar su apartamento. Lo encontramos todo patas arriba, No —se anticipó a la pregunta de Baby—. No sabemos lo que buscaban, ni si lo encontraron o no.

—¿No han registrado ustedes el apartamento?

—De modo superficial. Tal como lo encontramos, supusimos que lo que fuese ya se lo habían llevado.

—Sí, parece que tuvo que ser así. ¿Quién encontró los cadáveres?

—Yo mismo. Cuando ocurrió ese accidente del avión de la Aeroflot, comenzó a decirse que había habido una explosión antes de que el aparato se estrellase, así que quise movilizar a todo el personal disponible para ponerlo a investigar esa cuestión. Dooley y Crandon no contestaban, así que fui a su apartamento, y los encontré muertos desde hacía un par de días, calculé. Eso fue anteayer.

—¿Y los cadáveres?

—Han sido discretamente evacuados. Pero tenemos las balas que los mataron, y como le digo…

—¿Sabe usted, Simón, que los rusos piensan que ese accidente del Ilyuschin de la Aeroflot ha sido elaborado por la CIA?

Los dos agentes de la CIA lanzaron una exclamación. El que iba

al volante se volvió a mirar a Baby, y ésta vio su rostro, tan pálido y demudado como el de Simón-París, que finalmente, gritó:

—¡Pero qué dice usted…! —Brotó, aguda, su voz—. ¡Por el amor de Dios, Baby!

—Cálmese, Simón.

—¡Qué demonios he de calmarme…! ¿Están locos esos bolcheviques que se trague el infierno? ¡Santo cielo, no es posible que ni siquiera un ruso crea eso de nosotros! ¡Le voy a partir la cara a ese estúpido de Polozoff en cuanto le eche la vista encima! ¡Le voy a…!

—Antón Polozoff está herido. Y tengo la impresión, Simón, de que él también querrá romperle la cara a usted si le dice que han sido los rusos quienes han asesinado a Crandon y Dooley.

—¿Romperme la cara él a mí? Pero…, ¿qué está pasando? ¡No entiendo nada!

—¿Tiene usted la llave del apartamento de ellos? De Crandon y Dooley.

—Sí, claro. La encontré allí y me la quedé. La llevo encima mientras nos dedicamos a investigar su asesinato… ¿Quiere usted ir allá?

—Me gustaría echarle un vistazo al apartamento. Y mientras vamos hacia allí, les pondré al corriente de la situación. Es decir, de todo lo que sé, y todo lo que ha pasado desde que anoche llegué a Orly. Solamente me voy a permitir silenciar el nombre de mi informador. Por lo demás…

La explicación terminó en pocos minutos. Luego, hubo unos segundos de silencio, antes de que Simón-París moviese la cabeza negativamente.

—Pues sigo sin entenderlo. Desde luego, mi Sección no ha intervenido en ese accidente, lo juro por Dios. Parece absurdo suponer que hayan sido los rusos. Y entonces, nos quedan los chinos, que también están metidos en el asunto. Pero ni siquiera a los chinos me los imagino haciendo eso, Baby.

—Yo tampoco. En realidad, no me imagino a nadie colocando una bomba en un avión con más de cien personas. Sin embargo, está comprobado que hubo explosión de algún artefacto, en la zona de los pasajeros.

—Sí… También nosotros nos hemos enterado de eso, claro…

Pero consideramos que ha debido ser un accidente. Todo lo extraño que usted quiera, incluso podría ser inexplicable, pero… accidente, no atentado.

—Parece que todos estamos de acuerdo en eso. De modo que empezaremos por el principio: Alexei Kovrichkin decide, de pronto, que le gusta la comida china, así que comienza a ir al Tonkin. Allá, trabaja o trabajaba un chino, Wo Lai, que posiblemente forma o formaba parte del servicio secreto chino…

—¿Por qué dice trabajaba o formaba?

—Porque mucho me temo que, como a Crandon y Dooley, también lo han matado. Sus compañeros debieron encontrar su cadáver, lo retiraron discretamente, y se dedicaron a vigilar el apartamento… O quizá lo estén esperando a él, pero más bien creo que es lo primero. Bien… Tenemos, pues, a Wo Lai, un chino, camarero, que atendía a los Kovrichkin en sus cenas en el Tonkin. Quizá Alexei Kovrichkin estaba negociando algo con Wo Lai, aunque, según Polozoff, Kovrichkin no tenía acceso a nada que valiese la pena, ni para los chinos ni para nosotros…

—Conozco bastante bien a Polozoff —gruñó Simón—. Es un perro de presa, y un auténtico espía: puede estar mintiéndole a usted.

—Quizá. Pero yo creo que no. De todos modos, vamos a admitir que Alexei Kovrichkin iba por algún motivo que no era precisamente la comida china al restaurante Tonkin. ¿Cabe la posibilidad de que Crandon y Dooley se diesen cuenta y se dedicasen a vigilarlo?

—Bueno… No sé. Pero yo creo que no. Esa no era la línea de trabajo de Dooley y Crandon.

—Sin embargo, ellos estuvieron en el Tonkin una noche, y cuando Kovrichkin fue a los lavabos, uno de ellos le siguió a los pocos segundos. Cuando Kovrichkin regresó a la mesa con su esposa, estaba asustado… Se marchó sin terminar de cenar. Parece evidente que en los lavabos, Kovrichkin conversó con Dooley o Crandon, el que fuese allá tras él.

—Sí… Parece evidente. Lo que no puedo imaginar es lo que tenían que decirse dos personas tan diferentes y que se mueven… se movían en órbitas tan dispares.

—Pues hay que llegar a alguna conclusión, al respecto. ¿No le

dijeron a usted nada ninguno de los dos, sobre ese contacto con Kovrichkin?

—No. En absoluto.

—Sin embargo, ellos dos vigilaban a Kovrichkin, se le aparecían por todas partes.

—Lo siento, no se me ocurre nada. Ya le digo que Crandon y Dooley eran hombres de armas, tipos aventureros que utilizábamos a veces. Y nada más.

—¿Tenían acceso a alguna información especial, que pudiera impulsarlos a negociar algo con Alexei Kovrichkin?

—Desde luego que no.

—Tampoco Kovrichkin era hombre que tuviese acceso a informaciones importantes —musitó Baby—. Y apostaría a que lo mismo sucedía con Wo Lai. Sin embargo, en un momento dado, todos ellos coinciden en el Tonkin… y ahora, todos están muertos.

—No sabemos si Wo Lai también está muerto.

—No lo sabemos, pero yo lo presiento. Supongo que Tin Pao sí debe saber con certeza lo que ocurre con Wo Lai.

—¡Claro! Ese viejo zorro no puede ignorarlo, si Wo Lai era uno de los suyos.

Baby Montfort quedó pensativa. Fuera como fuese, parecía razonable pensar que Wo Lai, Alexei Kovrichkin, Jess Crandon y Morton Dooley formaban una sola pieza que, quizá, encajaba con el accidente del Ilyuschin. Pero en definitiva, ¿por qué? ¿Sólo porque Alexei Kovrichkin viajaba en aquel avión? Si se trataba de matar a Kovrichkin por algo que…

—Hemos llegado.

—¿Qué…? —Alzó la mirada Baby.

—Es aquí. El apartamento de Crandon y Dooley.

—¡Ah…! Sí, bien, vamos a ver si encontramos algo. Pero ya que vamos a trabajar, trabajemos bien, Simón. ¿Cuántos hombres podemos reunir, ahora mismo, para que nos ayuden a registrar el apartamento milímetro a milímetro?

—Los que quiera.

—¿Seis más? Nueve, con nosotros.

—No hay problema. Pero en mi opinión, quienes mataron a Crandon y Dooley se llevaron lo que fuese: no encontraremos nada.

Simón-París se equivocó.

A las cinco menos veinte de la madrugada, uno de los seis agentes de la CIA convocados en el apartamento para buscar lo que fuese, se colocó ante Brigitte, sosteniendo estirada ante ella la diminuta tira de microfilme, y sonriendo con expresión de triunfo.

—¿Dónde estaba? —exclamó Simón-París, que acudió rápidamente.

—Detrás de la placa de plástico del interruptor del dormitorio de la derecha. Se me ocurrió retirarla, y cuando estaba quitando el segundo tornillo, esto, ha caído al suelo.

Baby tomó el microfilme, y lo colocó la trasluz. Pero era inútil.

—Parece que todo es letra —musitó—. ¿Podemos revelarlo inmediatamente?

—Desde luego. Bien, vámonos todos…

—No —cortó la divina—. Que dos hombres vayan a hacer varias ampliaciones de esas microfotos, y que vuelvan aquí con todo el material. Los demás, seguiremos buscando hasta el último rincón. Lo siento —sonrió—, pero supongo que han pasado noches peores que ésta.

Los ocho agentes de la CIA también sonrieron. Dos de ellos abandonaron el apartamento, llevándose el microfilme, y los demás siguiendo el ejemplo de Baby, reanudaron la búsqueda.

Poco después de las siete de la mañana, regresaron los dos agentes de la CIA que habían ido a obtener copias ampliadas del microfilme.

Y sólo con mirar sus rostros, mientras uno de ellos le tendía el sobre, Baby supo que estaba ocurriendo algo realmente grave. No fue ella la única en comprenderlo, desde luego; los demás Simones, tras captar la expresión de sus compañeros se quedaron mirando a Brigitte, que sacó las fotografías del sobre.

Había entre veinte y veintiocho. Nada más ver el título en la primera fotografía. Baby palideció. Después de leer durante un par de minutos, su rostro estaba demudado. Entregó las fotografías a Simón-París, y ella se dejó caer en un sillón.

Cuando, tras larga reflexión, alzó la cabeza, todos los espías norteamericanos la estaban mirando fijamente, esperando. Ella se puso en pie, tomó el sobre con las fotografías de manos de Simón-París, y se dirigió hacia la puerta.

—No busquen más —susurró—. Salgan de aquí y queden

esperando mis instrucciones.

—¿La llevamos en el coche?

—No. Quiero caminar y seguir pensando.

—Hace bastante frío —dijo uno de los Simones que habían ido a obtener las copias.

—No me importa. ¿En qué número de la Rué de Babylone tiene la librería Tin Pao?

—En el 38. Pero si piensa ir allá, sería conveniente que algunos de nosotros estuviésemos cerca. Normalmente, vivimos tranquilos en París, nos toleramos, ya sabe. Pero el caso de usted es diferente: los chinos tienen puesta su cabeza a precio, Baby.

—También los rusos, y en cambio estoy trabajando con uno de ellos.

—Yo creo —deslizó Simón-París— que, a veces, hasta usted puede ser demasiado ingenua y confiada.

—Sí —admitió la divina—. Pero hasta ahora, casi siempre me ha dado buenos resultados.

Capítulo VI

Debían ser las once de la mañana cuando Tin Pao alzó la cabeza, al oír sonar la campanilla que había en el dintel de la puerta de su librería.

Ni en su rostro arrugado, ni en sus pequeños ojos negrísimos hubo cambio alguno. Simplemente, se quedó mirando con fijeza inexpresiva a la hermosa muchacha rubia que acababa de entrar en su establecimiento.

Ella caminó hacia él. Se detuvo delante del mostrador con varias pilas de libros que Tin Pao estaba clasificando, y miró con amable expresión al anciano.

—Buenos días, señor —saludó—. Tengo interés por comprar un libro de proverbios chinos. ¿Podría usted recomendarme alguno?

—Sin duda alguna, señorita —Tin Pao también hablaba perfectamente el francés—. ¿Cuánto desea gastar?

—¿Gastar? —se sorprendió Monique Lafrance—. ¿Está usted hablando de dinero, señor?

—Sí… En efecto. Hay libros de muchos precios. No por su contenido, puesto que la sabiduría no tiene precio, sino por su presentación material. Hay libros bellamente encuadernados que pueden costarle incluso doscientos cincuenta francos. Y libros con el mismo contenido de sabiduría, presentados con la humildad de la pobreza, que le costarán como máximo veinte francos.

—Pues… no sé qué hacer, francamente. ¿Qué me aconseja?

—Lo bueno, siempre es bueno. Pero quizá lo parezca aún más, si está bellamente presentado.

—¿Quién habla ahora? —sonrió Monique—. ¿El filósofo o el comerciante?

—El comerciante —sonrió, también, Tin Pao, con expresión de maliciosa astucia—. Me honra usted mucho pensando que también puedo ser filósofo, señorita.

—He oído decir que todos los chinos están impregnados de la sabiduría de la filosofía china. ¿Usted no lo está?

—El hombre no es más sabio porque él mismo lo diga, sino porque lo digan sus hechos.

—¿Ese es un proverbio chino? Tin Pao asintió plácidamente.

—Es un proverbio chino, puesto que lo he dicho yo, que soy chino.

—¡Formidable! —rió la rubia—. Es usted todo un sabio, señor.

—Por el contrario, soy ignorante. No me gustaría ser sabio, porque entonces todos querrían abusar de mi sabiduría.

—Le voy a decir otro proverbio chino —deslizó la rubia—. El hombre anciano, por amor propio o por astucia, simula que no le importan precisamente aquellas cosas que más desea.

—No deseo la sabiduría, señorita, porque, como dice otro proverbio, chino, basta buscar algo con gran anhelo para encontrar precisamente lo contrario. Si buscase ser sabio, quizá acabase siendo un pobre tonto.

—Me está usted convenciendo. ¿Sería tan amable de mostrarme el libro de doscientos cincuenta francos?

—Con mucho gusto.

Tin Pao salió de detrás del mostrador. Cuando pasó junto a Monique Lafrance, ésta sonrió…, mientras miraba de reojo hacia el fondo de la tienda, donde había una puerta entornada. Luego, volvió a mirar al viejo chino, que le llegaba apenas por la nariz.

—¿Está solo? —preguntó.

—Por el momento, sí.

—¿No teme que algún día intenten robarle? O atacarle…

Tin Pao quedó un instante pensativo.

—Lo he pensado, en ocasiones —admitió—, pero le diré otro proverbio chino: quien vigila la puerta principal para que no entre el tigre, descuida la puerta de atrás, por la cual puede entrar el lobo.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Que nadie puede guardarse eternamente: el lobo o el tigre acaban por entrar. Y en ese caso, ¿por qué sufrir pensando en ello?

—Estamos completamente de acuerdo, aunque usted lo haya dicho con palabras diferentes a las mías. ¿Aceptaría usted un intercambio de información, una especie de… acuerdo con un

agente de la CIA, Tin Pao?

—¿Usted es agente de la CIA?

—Sí. Y usted, del servicio secreto chino.

Tin Pao miró con sorprendido gesto a Monique.

—China, señorita, no tiene servicio secreto.

—¡Oh… sí! ¡Entiendo! Bien, digamos, entonces, el Departamento para Asuntos Sociales. O, si lo prefiere en su idioma, el Lien Lo Pou. Pero los dos sabemos que el Lien Lo Pou contiene diversas secciones o *Tsou*, y que la mayoría de estos *Tsou* no son precisamente ajenos al espionaje en sus diversas facetas. ¿No es así?

Tin Pao retiró un libro de un estante. Un bello libro, encuadernado en piel, que ofreció a su visitante.

—Este es el mejor libro de proverbios chinos de que dispongo en la actualidad. ¿Es para un regalo?

—No. Es para mí. Envuélvalo de cualquier manera.

Tin Pao regresó tras el mostrador, y metió el libro dentro de una bolsa de papel en la que constaba el nombre de su librería en francés y en chino. Monique estaba de nuevo ante él, mirándolo expectante, un poco tensa. Pao empujó el libro hacia ella.

—¿Qué desea usted, exactamente? —musitó.

—Quiero saber, ante todo, por qué anoche sus hombres nos esperaban a Antón Polozoff y a mi delante del domicilio de Wo Lai. Y por favor, no me diga que no sabe quién es Polozoff ni de qué le estoy hablando.

—Mis hombres, simplemente, estaban vigilando el domicilio de Wo, por si conseguían algo. Los vieron a ustedes entrar, identificaron a Polozoff, y me llamaron por teléfono. Les dije que los trajesen aquí, pues quería hablar con ustedes.

—Bueno, ya está hablando conmigo, ahora, Tin Pao. ¿Qué quería decirnos?

—Quería preguntarles si habían sido ustedes quienes habían matado a Wo Lai, y por qué, en caso afirmativo.

—No fuimos nosotros. ¿Me cree?

Tin Pao se dio un tironcito en la barbilla.

—Cuando me dijeron que Polozoff iba con una mujer, naturalmente pensé que esa mujer era rusa. Cuando la he visto entrar la he identificado inmediatamente, pues mis hombres me la describieron. Pero, siempre hay una sorpresa que atender; me ha

dicho usted que es de la CIA no de la MVD. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Qué hacía con Polozoff, entonces? No lo comprendo.

—Polozoff aceptó que trabajásemos juntos. Y he venido aquí con la esperanza de que también usted acepte.

—¿En qué tenemos que trabajar juntos?

—En el esclarecimiento del sabotaje al Ilyuschin de la Aeroflot.

—Desagradable asunto —la miró fijamente Pao—. No estoy autorizado a involucrarme en eso de ninguna manera.

—¿Debo entender que no fueron ustedes quienes provocaron el accidente? Los negros ojos de Tin Pao parecieron convertirse en dos frías piedras.

—La entrevista ha terminado, señorita Baby. ¡Buenos días!

—No he dicho que yo sea Baby, señor Pao.

—¡Adiós! —insistió éste.

—De acuerdo —murmuró Monique—; tampoco fueron los chinos quienes llevaron a cabo ese sabotaje del Ilyuschin. Pero, alguien lo hizo. Los rusos piensan que fuimos los americanos, los americanos pensamos que pudieron ser los chinos, y los chinos quizá no piensen nada o sospechen de rusos y americanos a la vez. ¿No le parece que sería beneficioso para todos aclarar esto, señor Pao?

—¿Por qué piensan ustedes que fuimos nosotros?

—Quizá porque sabemos que no fuimos los americanos, y nos parece absurdo pensar que fueron los rusos. Si a esto añadimos que Wo Lai, uno de sus hombres, estaba en relaciones desconocidas con un ruso llamado Alexei Kovrichkin, el cual viajaba en ese avión, nuestras deducciones no parecen demasiado descabelladas, ¿verdad?

—Nosotros no hemos sido.

—Está bien. Pero Wo Lai estaba en relaciones con Alexei Kovrichkin, ¿no es así?

—Quizá.

Monique Lafrance abrió su bolso, y sacó lentamente dos fotografías, bajo la inexpresiva mirada de Tin Pao. Las empujó hacía él.

—¿Conoce a estos dos hombres?

Tin Pao miró las fotografías, y asintió.

—Los he visto algunas veces por París.

—Vamos, Tin Pao… Usted sabe perfectamente que eran dos mercenarios al servicio de la CIA. ¿Sí?

—Sí.

—Bien; están muertos. ¿Los mataron ustedes?

—No.

—¿Saben quién mató a Wo Lai?

—No.

—¿Pero tienen alguna sospecha?

—Todo lo que sabemos es que lo mataron con una pistola de fabricación italiana. Eso nos tiene bastante desconcertados.

—Lo mismo nos pasa a nosotros con respecto a estos dos hombres, que fueron asesinados con una pistola rusa. Pero los rusos no han sido.

—¿Eso es lo que dice Antón Polozoff? —sonrió Tin Pao.

—No tengo ningún motivo para desconfiar de lo que dice Polozoff y, en cambio, creer lo que me dice usted, Tin Pao.

—Muy razonable. Entonces, si todos decimos la verdad, ¿qué es lo que está ocurriendo?

—Hemos llegado al punto que yo deseaba. Fíjese bien: tenemos un atentado que ha costado la vida a ciento veintiocho personas. Una de esas personas era Alexei Kovrichkin, que estuvo en tratos con Wo Lai y con estos dos hombres —alzó las fotografías— en el restaurante Tonkin. Wo Lai y estos dos hombres han sido asesinados, más o menos, el mismo día, y a horas muy cercanas unas a otras. Luego, Alexei Kovrichkin toma el avión hacia Moscú…, y en el avión hay una explosión que lo precipita a estrellarse en el suelo. ¿No le parece a usted que todo esto guarda relación?

—Parece admisible —murmuró el chino.

—De acuerdo. Ahora fíjese, en esto otro, tanto los chinos, como los rusos y los americanos, aparecemos mezclados en el asunto. Los tres negamos, sin embargo, haber matado a Wo Lai, a estos dos hombres, y haber colocado esa hipotética bomba en el Ilyuschin… Dígame, Tin Pao: ¿no les gustaría saber quién y por qué ha hecho todo esto?

—Claro que me gustaría saberlo —refunfuñó el viejo chino.

—Si trabajamos juntos, quizá lleguemos a saberlo. Por mi parte,

le he dicho cuanto sé. ¿Qué sabe usted? ¿No quiere decirme si Wo Lai tenía algún contacto con Alexei Kovrichkin?

Tin Pao vaciló visiblemente durante varios segundos. Por fin, asintió, aunque no de buena gana.

—Sí, estaban en contacto.

—¿Sobre qué?

—Alexei Kovrichkin quería vendernos algo. No sé lo que era.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No lo sé. Wo vino a verme, y me dijo que un ruso, Kovrichkin, claro, tenía para vender una información que valía un millón de dólares. Le dije a Wo que él y el ruso estaban locos, que ya no hay ninguna información internacional, sea cual sea, que valga esa cantidad. Wo dijo que conversaría de nuevo con Kovrichkin, para ver si éste rebajaba el precio. Wo volvió al otro día, y me dijo que Kovrichkin no estaba dispuesto a rebajar ni un solo dólar. Le dije que le ofreciese medio millón, a ver qué pasaba. De nuevo se vieron Wo y Kovrichkin…

—¿Siempre en el restaurante Tonkin?

—Sí, claro. Bueno, al final llegaron a un acuerdo: Wo le entregaría a Kovrichkin doscientos cincuenta mil dólares en efectivo. Kovrichkin entregaría un microfilme a Wo, y éste me lo traería para que yo lo examinase. Si valía el millón, le pagaríamos el resto a Kovrichkin. Kovrichkin aceptó. Yo le entregué a Wo doscientos cincuenta mil dólares, que fueron a parar a las manos de Kovrichkin. Éste entregó el microfilme a Wo, pero, justo entonces, yo tuve que hacer un viaje a Londres, urgentísimo —el ceño del chino se frunció—. Supongo que no va a exigir, también, que le explique a qué fui a Londres.

—No —sonrió Monique.

—Entonces, prosigamos. Es decir, ya no puedo decirle nada más. Fui a Londres, solventé allá un pequeño asunto que había sido desorbitado, y volví a París. Lo primero que hice, naturalmente, fue llamar a Wo, pero no había modo de localizarlo. Así que fui a su apartamento. Lo encontré muerto, de dos balazos al corazón, y eso es todo.

—¿Ni dinero ni microfilme?

—Ni dinero ni microfilme —gruñó Tin Pao—: sólo el cadáver de Wo Lai. Lo retiramos, y… esperamos.

—¿Pretende decirme que no intentó pedirle explicaciones a Alexei Kovrichkin?

—¿Pedirle explicaciones a un muerto? Para entonces, ya sabíamos lo del Ilyuschin, y que Kovrichkin estaba en la lista de pasajeros.

—En la lista de pasajeros —susurró Monique—. Eso puede tener un significado sorprendente, Tin Pao.

—¿Usted cree que quizá Kovrichkin no tomó ese avión?

—¿Podría ser, no? Pero entonces..., ¿adónde habría ido Kovrichkin, dónde ha podido permanecer durante estos días? Además, todo esto es... espeluznante. ¿Conocía Wo Lai a los dos mercenarios de la CIA?

—Sí, naturalmente. Incluso me dijo que una noche habían ido al Tonkin, y que quizá estuviesen vigilándolo a él o a Kovrichkin.

—¿Se da cuenta de lo que todo esto puede significar, señor Pao?

—Pues... Bien, debo admitir qué, después de esta conversación, mis ideas se van ordenando bastante, en efecto. Pero parece todo un tanto... fantástico, ¿no cree? Kovrichkin se da cuenta de que lo están vigilando los americanos. Entonces, espera a cobrar los doscientos cincuenta mil, pues menos sería nada. Luego, mata a Wo y a los dos americanos, simula tomar ese avión... pero, en realidad, desaparece con el dinero, y quizá fue él mismo quien preparó el atentado, para que se le contase entre los muertos.

—¿Y todo eso por doscientos cincuenta mil dólares?

—Él esperaba un millón.

Monique Lafrance quedó pensativa. Podía ser. Pero entonces..., ¿de cuántas armas disponía Alexei Kovrichkin? Porque Crandon y Dooley, ciertamente, los habían matado con una pistola rusa, que muy bien podría ser la de Kovrichkin, pistola que Olga Kovrichkin no había encontrado en su apartamento, pero..., ¿tenía también Kovrichkin una pistola italiana para matar con ella a Wo Lai? ¿Por qué complicarse de ese modo la vida? Para matar a Wo Lai, una pistola italiana; para matar a Crandon y Dooley, una pistola rusa; y luego..., ¿podía ser Alexei Kovrichkin un hombre preparado para colocar una carga explosiva en un avión..., que iba a estrellarse con ciento veintiocho personas a bordo? ¿Por doscientos cincuenta mil dólares? ¿O aunque fuese por un millón de dólares?

Monique Lafrance movió la cabeza, dubitativa. Luego, señaló la

bolsa que contenía el libro de proverbios chinos.

—Le llamaré cuando haya hablado con Polozoff —dijo—. ¿Puedo hacerlo a este teléfono? ¿Es el de aquí?

—Sí. Estoy en la tienda sin interrupción hasta las siete de la tarde.

—De acuerdo. ¿Ha dicho doscientos cincuenta francos…?

—Déjelo —sonrió Tin Pao—. Considérelo un pequeño regalo de nuestro Departamento de Relaciones Sociales.

La agente Baby movió negativamente la cabeza, sacó de su bolso doscientos cincuenta francos, y los dejó sobre el mostrador.

—Agradezco la generosidad del Lien Lo Pou, pero en este caso, todos vamos a medias, Tin Pao. Además —sonrió, divertida—, si esto llegaba a la Central de la CIA podrían creer que ustedes me habían sobornado, ¿no le parece?

—¿Con doscientos cincuenta francos? —sonrió también Tin Pao —. No son ni siquiera sesenta dólares.

—Nunca se sabe cuál es el precio de una persona, Tin Pao. Le llamaré en cuanto tenga algo que decirle.

—Estoy seguro de que lo hará. Tenga cuidado con Polozoff: es un tigre… hambriento.

—¿Y usted? —sonrió Monique.

—¡Oh!, yo me conformo con ser un pobre lobo viejo y sarnoso.

—Si he de serle sincera —musitó Baby—, no sabría decir cuál de los dos me parece más peligroso.

Capítulo VII

A la luz del día, Antón Polozoff parecía, en efecto, un tigre. Un sano, poderoso y vigilante tigre… que parecía de pésimo humor. La cita era en los Jardines del Luxemburgo, donde Monique Lafrance le esperaba sentada en un banco, tomando el sol y contemplando con gesto amable los juegos de algunos niños.

Polozoff se sentó a su lado, y gruñó, en ruso:

—¿No se fía de mí?

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Monique.

—He venido solo, y le aseguro que, por el momento, no tengo intenciones agresivas contra usted. No me gusta que desconfíen de mi integridad personal, así que quiero que sepa que mi palabra vale tanto como pueda valer la de la agente Baby.

—Se está equivocando, Antón.

—¿De veras? ¿En qué? He visto perfectamente que hay en estos jardines tres agentes de la CIA, por lo menos. Nos están mirando… ¡Y no me diga que usted no se ha dado cuenta!

—Ya le digo que se equivoca. No están aquí porque yo desconfíe de usted. Han venido a traerme una cosa, y les he pedido que se quedasen por si usted no puede quedarse con esa cosa, devolvérsela a ellos. ¿Cómo está su herida?

—Puedo soportarla. ¿De qué está hablando? ¿Qué cosa es ésa? —Monique había abierto el bolso, y Polozoff lanzó una exclamación, al ver la bolsa de papel con caracteres chinos—. ¿Ha estado en la tienda de Tin Pao?

—Así es. También con él he llegado a un acuerdo.

Antón Polozoff estaba estupefacto.

—¿Está loca? ¡Un acuerdo con Tin Pao!

—¿Por qué no, si lo he hecho con usted?

Polozoff frunció el ceño, y apretó un instante los labios, antes de mascullar:

—Está bien. ¿Qué cosa es ésa?

—En realidad, son varias. Mire dentro de mi bolso.

Polozoff obedeció. Vio dos pistolas, un gran sobre blanco, otro más pequeño, también blanco, y varias cosas más, de las que pueden encontrarse en cualquier bolso de mujer.

—¿Se refiere a las pistolas?

—Podemos empezar por ellas. ¿Se ha dado cuenta de que una es de fabricación italiana?

—Claro.

—Bien. Wo Lai está muerto… Y lo mataron con una pistola italiana.

—Ya que hablamos de pistolas, le diré que Olga Kovrichkin se puso en contacto conmigo esta mañana: ha encontrado en el armario la pistola de su marido.

—Interesantísimo. ¿Averiguó si el Ilyuschin llevaba algo especial?

—No llevaba nada especial. Era un simple avión de pasajeros.

—Bien. Sigamos hablando de pistolas. ¿Sabe a quién pertenece esta pistola italiana?

—No.

—A Jess Crandon. ¿Lo conocía usted?

—No.

—Los chinos, sí. Jess Crandon y Morton Dooley son los dos americanos que ustedes están buscando. No son propiamente agentes de la CIA: sólo mercenarios para determinados trabajos… Usted ya me entiende.

—Desde luego. A ver si lo entiendo todo: ¿está tratando de decirme que Jess Crandon mató, con esta pistola italiana, a Wo Lai?

—Sí.

—¿Se lo ha dicho ese Crandon?

—No. Crandon y Dooley están muertos. Los asesinaron con una pistola rusa.

—Eso no significa nada.

—Significa algo, pero no puedo exigirle que lo entienda sin antes explicarle mi conversación con Tin Pao. Así que se lo voy a explicar, y veremos cómo enfoca luego el asunto. Bien, Tin Pao me ha dicho…

La explicación duró siete u ocho minutos. Una explicación

completa, sin fallos, inobjetable. Cuando Monique terminó de hablar, el ruso le ofreció un cigarrillo, encendió otro para sí, y quedó pensativo.

Por fin, movió la cabeza.

—Si lo he entendido bien, ha formado la siguiente teoría: Alexei Kovrichkin pone en manos de Wo Lai un microfilme que habían valorado en un millón de dólares. Wo Lai lo retiene, esperando el regreso de Tin Pao desde Londres. En este espacio de tiempo, sus dos mercenarios, que han estado vigilando a Kovrichkin, van al apartamento de Wo Lai, lo matan, y se llevan el microfilme. Con ese microfilme se van a su apartamento, y allá, alguien les mata…, con una pistola rusa. Y usted pretende que ese alguien pudo ser Alexei Kovrichkin.

—Sí. Se dio cuenta de que ellos subían al apartamento de Wo Lai, los esperó, los siguió, los sorprendió poco después en su apartamento, y los mató para recuperar el microfilme. Pero el microfilme no pudo recuperarlo.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lo encontró uno de mis compañeros, en el apartamento de Crandon y Dooley. En este sobre grande tengo unas copias ampliadas… ¿Quiere verlas?

—Naturalmente. Pero dígame: ¿por qué Crandon y Dooley no se apresuraron a poner el microfilme en manos de la CIA?

—Porque eran dos mercenarios que, seguramente, se disponían a obtener copias más adelante, y, si valía la pena, negociarlo por su cuenta.

—Entiendo. Pero si es algo que proporcionó Alexei Kovrichkin, no puede valer jamás un millón de dólares.

—Yo creo que sí los vale, Antón.

Polozoff tomó el sobre, sacó las fotografías, y, apenas ver el título en la parte alta de la primera, palideció, y miró vivamente a Monique, que alzó las cejas, interrogante.

—¡Esto no podía estar jamás en manos de Kovrichkin! —exclamó el ruso, con voz ahogada.

—¿Por qué no?

Polozoff comenzó a leer. Ni siquiera terminó la primera fotografía. Volvió a mirar a Monique, con los ojos muy abiertos.

—Pero esto… esto es una fotocopia del acuerdo ruso-

norteamericano para mantener bajo vigilancia la frontera chino-soviética y chino-hindú, por medio de satélites y de personal especializado en cuestiones logísticas… ¡Este tiene que ser uno de los documentos clasificados como supersecretos, de los acuerdos privados entre Estados Unidos y Rusia!

—En efecto. Puede quedárselo, si quiere, ya que el original no sólo está en Washington, sino también en Moscú. Yo me quedo con el microfilme. En cuanto a los chinos, estoy segura de que si Tin Pao hubiese sabido lo que Alexei Kovrichkin quería venderle, le habría pagado el millón de dólares a toda prisa.

—¡Sin la menor duda! Pero es imposible que Kovrichkin tuviese acceso a estos documentos… ¡Imposible!

—Entonces, hagámonos una pregunta: ¿quién tiene acceso a esos documentos… que sea amigo de Alexei Kovrichkin? Muy amigo. Tan amigo, que le confía unas microfotos de estos documentos, y la negociación en París, con los chinos, para conseguir un millón de dólares… ¿Puede usted averiguar eso, Antón?

—No sé… Quizá sí. ¡No lo sé!

—Inténtelo. Al mismo tiempo, y puesto que han encontrado la pistola de Alexei Kovrichkin, compruebe si es la que disparó estas tres balas —le entregó le pequeño sobre blanco que contenía las balas—. Son las que mataron a Crandon y Dooley. Si esta comprobación es positiva, sabremos que Crandon y Dooley mataron a Wo Lai con esta pistola italiana, y le quitaron el microfilme; que Kovrichkin se dio cuenta, los mató a ellos, pero no pudo encontrar el microfilme, y que finalmente, Alexei Kovrichkin desapareció con doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Desapareció? ¡Estaba en el avión que…!

—¿Usted está seguro de que Alexei Kovrichkin estaba en el avión siniestrado, Antón? Píenselo bien: ¿está seguro?

—No… ¡No estoy seguro!

—¿Puede averiguar eso, también? Ustedes disponen de buenas fotografías de Alexei Kovrichkin, naturalmente; pueden preguntar en Orly si algún empleado vio a Kovrichkin tomar ese avión… No basta que su nombre esté en la lista de pasajeros.

—Pero eso… podría significar que fue… que fue Kovrichkin quien preparó la explosión del avión, para… que se le diese por muerto y… y triturado, y así, evitar las represalias que los chinos

pueden tomar contra él, o los americanos… En cambio, si se le considera muerto…, ¿quién va a buscarlo?

Monique Lafrance cerró su bolso, sin contestar. Polozoff estaba lívido.

—Tengo entendido que el sepelio colectivo será esta tarde, a las cuatro, en el cementerio de Grosbois —murmuró la espía—. ¿Asistirá usted, Antón?

—No… no creo… disponer de tiempo…

—Comprendo. Yo sí estaré allí… ¿Llegaron las personalidades de su país?

—Sí… Sí.

—¿Incluso aquellas que hubiesen venido aunque no se hubiera producido el accidente?

—¿Qué sabe usted de eso?

—Sé lo que le oí hablar a usted por la radio de bolsillo con uno de sus camaradas. Entendí que, de todos modos tenían que venir algunas personas a París. Pero —sonrió levemente—, no sé a qué, ni por qué.

—Eso no es cuenta suya. Quiero decir… que no entra en nuestro convenio.

—Usted está amargado ahora, Antón, y yo lo comprendo. De acusar a los americanos, ha pasado a pensar que lo sucedido puede ser obra de un ruso, o dos, o tres… Sean cuantos sean, son rusos. Unos rusos ambiciosos, y seguramente, desquiciados. Yo lo lamento, pero recuerde lo que ambos aceptamos desde el primer momento: nada de parcialidades. La verdad tiene que salir a la luz, caiga quien caiga. En cuanto a lo que hayan venido a hacer esos otros rusos que, de todos modos, tenían que venir a París, efectivamente, no es cuenta mía.

—Soy un estúpido, ¿verdad?

—En su lugar, seguramente yo reaccionaría del mismo modo. Los espías de cierta categoría tenemos algo bueno, y es que, en general, somos capaces de comprenderlo todo. Aun así, a veces, aparece lo malo: nos ofuscamos. Será mejor que se conceda a sí mismo algún tiempo, para serenarse.

—Lo haré. Gracias.

Monique Lafrance miró hacia el cielo, y frunció el ceño.

—Es una lástima, pero el día se está estropeando… No me

sorprendería nada que lloviese durante el sepelio. ¡Adiós, Antón!

* * *

Efectivamente, llovió durante el múltiple sepelio. Resultó impresionante.

Era una lluvia fina, pero espesa. Por el simple hecho de mirar la gran cantidad de ataúdes, cualquiera debía sentirse profundamente impresionado… Una lluvia tan fina, que ni siquiera producía ruido, rumor alguno. Caía sobre aquellos cientos de personas que asistían a la ceremonia, y sobre los ataúdes, con tal suavidad, que parecía que fuese a penetrar, atravesándolo todo. Eran las cuatro de la tarde, pero parecía que el día estuviese llegando a su fin. Bajo el cielo gris claro, con una extraña coloración de perla, el silencio era absoluto.

Se habían rezado ya unas oraciones, y después de eso, nadie tuvo nada que decir.

Había personas en verdad muy diferentes unas de otras, pero nada resultaba extraño. Había una representación del gobierno ruso, personal diplomático de los países de otros pasajeros del Ilyuschin, policías franceses, algunos soldados, gente de Grosbois, y, naturalmente, los familiares de las ciento veintiocho personas que habían fallecido en el accidente. Un accidente sin apelación, sin posibilidad de supervivencia para nadie. El avión se había estrellado, se había hecho mil pedazos. Y, como el mismo avión, todos los seres humanos que en él viajaban. La… recogida de los restos mortales no había sido precisamente una actividad agradable. A decir verdad, nadie estaba seguro de que en un ataúd estuviesen los restos de una sola persona. Podía haber parte del cuerpo, medio brazo, un pie, una mano… Todo, restos quemados, negros, carbonizados…

Cobijada bajo un negro paraguas, hacia el fondo de la gran masa de personas presentes, la anciana de blancos cabellos y lentes de cristales redondos iba mirando a todos lados, de uno a otro rostro, como si en alguna de aquellas facciones esperase ver algo. Pero sólo había dolor, tristeza, consternación. O cuando menos, una expresión y una actitud adecuadas al acto fúnebre.

Finalmente, la anciana de los blancos cabellos miró hacia la

viuda de Alexei Kovrichkin. Una viuda más, simplemente. Junto a ella estaba Genardi Ruskov, el empleado de la misión comercial soviética que había sido amigo y compañero de Alexei Kovrichkin. Ruskov tenía abierto un paraguas, y la viuda permanecía junto a él como una estatua, blanco el rostro, como si no hubiese una sola gota de sangre en todo su cuerpo. En cuanto a Ruskov, no tenía mejor aspecto, ciertamente. Parecían como alucinados.

—¿Realmente no saben nada? —se preguntó la anciana—. Puede que Genardi Ruskov no sepa nada, pero…, ¿es factible que un hombre como Kovrichkin no le dijera nada a su mujer? Kovrichkin, según parece, esperaba cobrar un millón de dólares… ¿Qué habría hecho entonces? ¿Lo que al parecer ha hecho, esto es, desaparecer mientras todos lo creemos muerto? ¿O esperará el momento de llamar a su mujer a su lado, de reunirse con ella?

Era absurdo.

Un hombre que prepara su desaparición no llama luego a su mujer. ¿Cómo podría pensar que Olga Kovrichkin quedaría fuera de todo control? No ya por desconfianza, sino porque, a fin de cuentas, era la viuda de un funcionario soviético, y algo se tendría que hacer con ella y por ella. En adelante, Olga Kovrichkin no podría disponer libremente de su vida. Si en un momento dado decidiese irse a vivir a cualquier lugar de Europa fuera de Rusia, los rusos se preguntarían: ¿por qué? ¿Adónde va, con quién va?

No, no, no, no.

Fuese cual fuera la verdad, Olga Kovrichkin y su marido jamás volverían a reunirse. Jamás. Así pues, cabían dos soluciones. Una: Alexei Kovrichkin, realmente, había muerto. Dos: si estaba vivo, jamás llamaría a su lado a su esposa.

Y entonces, surgía otra pregunta: ¿había amado de verdad Alexei Kovrichkin a su mujer? Si estaba vivo…, ¿necesitaría su afecto? Claro que también se podía hacer la pregunta al revés: ¿había amado Olga Kovrichkin realmente, sinceramente, a su marido? Junto a ella estaba Genardi Ruskov, muy atento y solícito, muy serio, angustiado…

Sí, estaba sinceramente angustiado, hay cosas que no pueden fingir ni los mejores actores del mundo. Incluso, a la anciana le parecía que Genardi Ruskov estaba a punto de vomitar. Claro que ésta podía ser una impresión muy personal, pero…, ésa era la

impresión.

Los asistentes al sepelio comenzaron a marcharse. Había hermosos coches negros, grandes, lujosos, que acogían a los personajes importantes. París estaba cerca. Volverían allá, se quitarían la máscara de pena, y seguirían viviendo. Todos. Todos…, menos los familiares de ciento veintiocho personas.

—Los rusos no han sido, nosotros tampoco, los chinos tampoco —pensó la anciana—. Por el amor de Dios…, ¿quién ha podido hacer esto?

Era como una noria. Por más vueltas que daba, siempre volvía al mismo sitio, siempre se daba a sí misma, idéntica respuesta: Alexei Kovrichkin.

La anciana se separó de todos, salió del cementerio, y fue caminando con pasitos menudos, bajo la lluvia, hasta que un coche se detuvo a su lado en el camino; La puerta derecha delantera se abrió, y apareció allí el simpático y viril rostro de uno de los agentes de la CIA en París.

—¿Taxi, *madame*?

La anciana se sentó junto al conductor, que reanudó su marcha hacia Grosbois, para enfilar la carretera hacia París.

—Ha sido espantoso —musitó ella. El agente de la CIA asintió.

—¿Volvemos a París?

—Sí. Tengo que estar allí cuanto antes, pues de un momento a otro puede llamarme Polozoff.

—No entiendo cómo hace usted buenas migas con él, la verdad. Siempre ha sido un hombre bastante difícil de tratar… Pero parece que se ha tranquilizado bastante respecto a nuestra sospechada culpabilidad, ¿no?

—Eso espero. Por otra parte, en estos momentos todo lo que puedo hacer es esperar sus investigaciones en torno a Alexei Kovrichkin.

—¿A usted no le parece demasiado fantástico eso de Kovrichkin?

—Sí —admitió la anciana—. Así es, Simón, pero no tenemos otra cosa para seguir adelante con este asunto. Lo que me pregunto es si Antón Polozoff va a ser sincero conmigo, en el caso de que se entere de algo importante.

—Yo no confiaría en ello. Si Polozoff llega a saber que lo sucedido ha sido obra de un ruso, mantendrá un silencio de tumba.

Simón se equivocó.

Todavía no habían llegado a París cuando la radio de bolsillo que Antón Polozoff había facilitado a Baby zumbó dentro del bolsillo de ésta. La anciana atendió en el acto la llamada.

—¿Sí?

—Soy Polozoff. ¿Podemos vernos inmediatamente?

—Estoy llegando a París. ¿Dónde me espera?

—¿Le parece bien delante del apartamento de Kovrichkin?

—Estaré allí cuanto antes.

Capítulo VIII

Antón Polozoff vio pasar el coche junto al suyo, y detenerse un poco más allá. Una anciana se apeó, el otro coche siguió su marcha, y Polozoff miró su reloj. Desde luego, no era fácil conducir por París, pero Monique Lafrance se estaba retrasando demasiado…

La anciana había caminado hasta su coche, y golpeó en el cristal de la ventanilla derecha, Antón la miró, alzó las cejas, y se inclinó, para abrir la portezuela.

—¿*Oui, madame*? —se interesó.

—Ha hecho bien en no venir a Grosbois —dijo la anciana—. Nunca había visto tantas lágrimas en un entierro.

Antón Polozoff quedó estupefacto. Se irguió en su asiento ante el volante, y la anciana se sentó a su lado, mirándolo fijamente.

—Por si le divierte, le diré que jamás la habría reconocido.

—Lo sé —sonrió ella—. ¿Qué ha averiguado?

—Alexei Kovrichkin tomó el avión.

—¿Está seguro? —Mostró su desencanto la anciana.

—Completamente.

—Bien… Eso nos coloca de nuevo en una posición poco prometedora. ¿Qué más sabe?

El ruso vaciló visiblemente.

—Ha llegado a París un gran amigo de Alexei Kovrichkin. Un amigo desde hace muchos, muchos años.

—¿Ha venido por el entierro?

—No. Es uno de los personajes que ya tenían que venir a París. Su viaje estaba programado hacía tiempo.

—En cambio, no estaba programado el viaje de Kovrichkin a Moscú, ¿verdad?

—No. Al menos, oficialmente.

—Es decir, que si Kovrichkin no hubiese tenido miedo de la persecución de que era objeto por parte de los dos mercenarios de

la CIA, de todos modos, se habría entrevistado con ese personaje aquí, en París, por estas fechas.

—Sí.

—¿Le sugiere eso algo, Antón?

—No sé.

—¿No sabe? Se lo preguntaré de otro modo: ese personaje cuya visita a París estaba programada… ¿tiene acceso a los documentos que le he entregado esta mañana en los Jardines del Luxemburgo?

—Sí.

—¿Se da cuenta de lo que eso puede significar?

—Claro —mascullló el ruso—. De todos modos, ese personaje no es el único que tiene acceso en Moscú a esa clase de documentos. Hay otros.

—Pero éste es el único que ha venido, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántos más tienen acceso a los documentos en Moscú?

—Bastantes más. Pero ninguno de ellos confiaría semejante documentación a Alexei Kovrichkin. En cambio, este otro es amigo suyo desde la infancia.

—Pues parece que la cosa está bastante clara, ¿no?

—Sí… ¡Maldita sea, está bastante clara, sí!

—Lo siento. ¿Quién es ese personaje?

—Utchenko.

—¿Vikenty Utchenko? —exclamó.

—Sí.

—Pero ¡si ése es uno de los políticos más importantes de su país, Antón! Por el cielo…, ¡no me diga que es el Vikenty Utchenko del que se dice que incluso podría alcanzar la secretaría del Partido, ahora qué se rumorea sobre la enfermedad de Breznev!

—Es él. Vikenty Utchenko.

—¿Y a usted le parece posible, qué un hombre que puede llegar al máximo puesto político en Rusia le vendería esos documentos a los chinos?

—No lo sé. Pero si Vikenty Utchenko fuese un espía de los chinos, imagínese lo que podría llegar a ocurrir: sería el caos para Rusia. Es una barbaridad hablar así del camarada Utchenko, pero…, ¿qué otra cosa podemos pensar? Alguien sacó esos documentos de Moscú, y los entregó a Alexei Kovrichkin para que los negociase. Y

ese alguien solamente puede ser Vikenty Utchenko. Quedamos en que aceptaríamos la verdad, cayese quien cayese, ¿no es así?

—Comprendo perfectamente el esfuerzo que le está costando ser fiel a nuestro pacto, Antón. Y se lo agradezco. Pero, con sinceridad, las cuestiones internas de Rusia no me interesan… Quiero decir, que no me interesan más que las de cualquier otro país y sus seres humanos. ¿Quiere que me retire?

—Se lo agradecería.

—De acuerdo. ¿Las balas que le di salieron de la pistola de Alexei Kovrichkin?

—Sí.

—Bueno…, parece que todo está solucionado, prácticamente. Sin embargo, todavía me queda una pregunta: ¿quién puso la carga explosivo en el avión? Evidentemente, Kovrichkin no fue, ya que tomó ese avión, y por lo tanto, está muerto. Los americanos, puede tener la seguridad de que no hemos sido tampoco. ¿Los chinos, entonces?

—Seguramente.

—Me gustaría que me explicase eso, Antón.

—Según yo veo las cosas, y suponiendo que Vikenty Utchenko llegase a alcanzar tan alto puesto político en Rusia, no iba a necesitar el millón de dólares para nada. Entonces, simplemente, se trata de espionaje ideológico a favor de los chinos. Utchenko utilizó a su viejo amigo Kovrichkin para poner en manos de Tin Pao esos documentos. Luego, con el fin de que Kovrichkin jamás pudiese inquietar a Utchenko con lo que sabía, convinieron con Tin Pao en que había que eliminarlo.

—Dios bendito… ¿Esa es la acusación que van a hacerle a Vikenty Utchenko?

—Sí. Me temo que sí. ¿Le parece excesiva?

La anciana permaneció en silencio casi medio minuto. Por fin, movió la cabeza, y musitó:

—Sólo hay una cosa que yo no acabo de admitir, Antón: el asesinato de ciento veintiocho personas para matar a un solo hombre. Y no me diga que no sabe usted lo fácil que habría sido para Tin Pao asesinar con toda comodidad a Kovrichkin, en París. Así las cosas, ¿por qué sabotear ése avión? Una bala en la cabeza de Kovrichkin era más que suficiente.

—Al parecer, la intervención de los dos mercenarios de la CIA puso nervioso a Kovrichkin, y éste tuvo que hacer cosas con las que no había contado. Luego, ya prevenido de que las cosas no iban bien, pudo cuidarse adecuadamente hasta llegar al avión. Y si Tin Pao sabía que iba a tomar ese avión, pudo hacer colocar ese explosivo.

—Quizá. Bien, yo me retiro del…

Polozoff había vuelto vivamente la cabeza. La anciana hizo lo mismo, y vio el gran coche negro detenerse delante del edificio donde Olga Kovrichkin tenía su apartamento. El primero en apearse, encogido bajo la fina lluvia, fue Genardi Ruskov, que corrió a abrir la portezuela derecha trasera, que había quedado junto al bordillo. Olga Kovrichkin salió del coche, y corrió hacia el portal. Tras ella apareció un hombre alto, de figura elegante y robusta.

La anciana miró a Polozoff.

—¿Ese es Vikenty Utchenko?

—Sí. Un gran amigo, ya lo ve usted. Y un gran traidor, según todas las apariencias.

La anciana esperó a que los tres personajes recién llegados del cementerio de Grosbois desapareciesen en el interior del edificio. Luego, se volvió hacia Polozoff, y tendió la mano.

—¡Adiós, Antón!

—¿Quiere que la lleve a algún sitio? Está lloviendo.

—Simón me está esperando con el coche en la siguiente esquina —sonrió la anciana—. Gracias, de todos modos.

—¡Adiós!

La anciana salió del coche, corrió graciosamente hacia la acera, y se alejó, en dirección a la *Tour* Eiffel. En efecto, en la esquina la esperaba el agente de la CIA, que volvió la cabeza cuando ella entró en el coche.

—¿Cómo ha ido la entrevista? —se interesó.

—Lléveme a un lugar desde el cual pueda telefonear —miró su relojito—. Sólo son las seis y cuarto, así que tengo tiempo.

—¿A quién quiere telefonear?

—A Tin Pao. Le prometí que lo haría, y aunque no me considero con derecho a decirle lo que realmente ha pasado, sí estoy obligada a decirle que todo ha terminado.

Apenas diez minutos más tarde, Simón detenía el coche delante de una lujosa cafetería, y la señaló.

—Ahí hay una cabina muy discreta —dijo.

—Espéreme aquí, por favor.

La anciana salió del coche, y entró en la cafetería… Salió cinco minutos más tarde, se sentó de nuevo junto al agente de la CIA, y murmuró:

—Lléveme a la Rué de Babylone.

—¿Qué pasa? ¿Tin Pao la ha citado?

—No, Sencillamente, su teléfono no contesta… Y él me aseguró que estaría allí hasta las siete, sin interrupción.

—Quizá ha cerrado la tienda antes que de costumbre.

—¿Haría usted eso, si estuviese esperando noticias de la agente Baby de la CIA?

—No —murmuró Simón. Y puso el coche en marcha.

Tan sólo diez minutos más tarde, pues la Rué de Babylone estaba cerca del Champ de Mars, Simón detenía el coche en otra esquina, y miraba a la anciana con expresión inquieta.

—Voy con usted, claro…

—No. Pero esté atento a una posible llamada mía por la radio.

—Yo creo…

La anciana salió del coche, y regresó hacia la librería de Tin Pao, por delante de la cual habían pasado.

Llegó en menos de un minuto, cerró el paraguas, y se quedó mirando el cartelito que colgaba tras el cristal. Cerrado. *Fermé*. En la tienda no había nadie, pero sí estaba encendida una sola luz. Al fondo se veía la puerta que debía dar al almacén, despacho, o lo que fuese. Estaba entreabierta, y allí se veía, también, luz.

La anciana miró a su derecha, vio el timbre, y lo apretó. A los pocos segundos apareció en la tienda un chino, procedente del fondo. Se acercó a la puerta de cristal de la calle, miró a la anciana inexpresivamente, y señaló el cartelito. La anciana movió negativamente la cabeza, y volvió a pulsar el timbre.

El chino abrió.

—*Madame*, la librería está cerrada, lo siento.

—Necesito ver inmediatamente al señor Pao.

—El señor Pao no está. Sea tan amable de volver mañana, *madame*.

—Es urgente que lo vea ahora.

La anciana apartó al joven chino con un gesto impertinente, y entró en la tienda. El chino vaciló, pero cerró enseguida la puerta, y asió a la anciana por un brazo.

—*Madame*, le ruego que…

Recibió un solo golpe. Un simple golpe con el canto de la mano, en un lado del cuello. Y se habría desplomado si la anciana no le hubiese sujetado por la ropa, para depositarlo silenciosamente en el suelo y arrastrarlo hasta detrás del mostrador, con toda facilidad. Una vez allí, sacó del bolso la pistolita de cachas de madreperla, se acercó a la puerta del fondo, y se asomó cuidadosamente.

Había dos chinos más. Estaban de espaldas a la puerta, inclinados sobre un gran cajón de madera en el cual estaban colocando unos libros. La anciana entró, oyeron el leve ruido y volvieron la cabeza.

—¿Quién era…? —empezó uno de ellos.

Se calló de golpe, al ver a la anciana con el paraguas en la mano izquierda y la pistolita en la derecha. Ambos miraron vivamente hacia la puerta, y de nuevo a la anciana.

—¿Dónde está Tin Pao? —preguntó ella.

Los dos chinos se movieron un poco, apartándose, de modo que el cajón quedó completamente visible. La anciana alzó las cejas, sin comprender. Dio un paso hacia delante…, y el chino de su derecha se abalanzó de pronto contra ella. La anciana se agachó, de modo que el chino cayó doblado sobre su espalda, lanzando una exclamación de sorpresa, de incredulidad. Un instante después, gritaba sobresaltado, al erguirse la anciana velozmente, y con tal fuerza, que lo lanzó por encima suyo, como un muñeco, en dirección a la puerta. El chino dio contra el canto de ésta, y cayó de cabeza al suelo.

En el tiempo que tardó en gemir, sacudir la cabeza, volverse y ponerse de rodillas, la anciana tuvo tiempo de acercarse al otro rápidamente, y justo cuando la pistola aparecía en la mano del chino, ella lanzaba el certero puntapié entre sus ingles, soltó la pistola, se llevó las manos al bajo vientre. El chino lanzó un alarido, cayó de rodillas. En esta postura estaba cuando recibió en la frente el golpe propinado con la culata de la pistolita, que lo tiró de lado sin sentido.

Después de esto, la anciana llegó al otro cuando acababa de colocarse de rodillas. Es decir, que estaba en óptima postura para recibir el puntapié en la barbilla, que puso punto final a la brevísima pelea.

—Estos muchachos no aprenderán nunca —dijo en voz alta la anciana.

Se acercó al cajón, dejó colgado el paraguas en el borde, y colocó la pistolita en un ángulo. Sacó unos cuantos libros, que fue dejando en el suelo.

No tuvo que sacar muchos.

Tin Pao estaba allí, en el fondo del cajón, doblado sobre sí mismo, como si fuese una navaja cerrada. Tenía la espalda empapada de sangre ya seca, que procedía de la nuca… No, de la nuca, no; de la garganta. Cuando la anciana le asió por los blancos cabellos, para mirar su rostro, la cabeza cedió con extraordinaria facilidad. Supo enseguida por qué: lo habían degollado. Tan brutalmente que casi lo habían decapitado.

Durante unos segundos, la más implacable espía del mundo permaneció inmóvil, con la mirada fija en aquellos cabellos blancos que destacaban entre sus dedos.

Por fin, los soltó, y Tin Pao volvió a su postura de muerte. Era un hombre tan menudo… Tan delgado, tan frágil, tan insignificante físicamente… Lo sacarían de allí en el cajón con libros, y lo enviarían a China, o quizá lo tirasen al mar, o enterrasen el cajón en cualquier parte. Al día siguiente, uno de los chinos jóvenes se haría cargo de la tienda, y de la dirección del servicio secreto chino en París, hasta que enviasen a alguien más capacitado. ¿Y el señor Pao?, preguntarían, quizá, algunos clientes. ¡Oh!, el señor Pao ya era viejecito: ha vendido la tienda y ha regresado a China, para pasar allí el resto de sus días…

Baby suspiró profundamente, y movió la cabeza con gesto de pesar. Por un instante, pensó que habían sido los propios chinos quienes habían ejecutado a Tin Pao, pues si éste, realmente, había organizado el sabotaje al Ilyuschin ruso, quizá en las altas esferas del Lien Lo Pou habían decidido suprimir al viejo, con lo que se aseguraban de su eterno silencio.

Pero en definitiva, ¿qué podían haber ganado los chinos con el asunto del Ilyuschin? La respuesta era: nada. Y por otra parte, si Tin

Pao tenía que morir a manos de sus amigos, ¿por qué matarlo allí, en la tienda, y sacarlo luego en un cajón?

—No —movió la anciana la cabeza—. Claro que no. Los chinos no han sido. Ni nosotros, los norteamericanos. ¿Quiénes quedan? Los rusos. Solamente los rusos.

Pensó en Antón Polozoff… y de nuevo movió negativamente la cabeza. Era absurdo. Y, por supuesto, tampoco habían sido los hombres que Polozoff, como residente jefe de la MVD en París, controlaba para todos los servicios de espionaje.

¿Quién quedaba, quién…?

¿Y por qué había matado a Tin Pao? ¿Había tenido algo que ver, en definitiva, el viejo chino, con el sabotaje que había costado la vida a ciento veintiocho personas…, entre ellas Alexei Kovrichkin?

¿Quién quedaba?

—¿Quién? —musitó la anciana—. ¿Quién, quién, quién?

Tenía que ser alguien que hubiese tenido facilidades para colocar una bomba en el avión en el que iba a viajar Alexei Kovrichkin. Y colocar una bomba es mucho más difícil de lo que el público corriente supone. Además, requiere tiempo. Y habilidad.

Y por último, requiere carecer del más elemental sentido humano, sabiendo que aquella bomba va a costarle la vida a más de cien personas. Y se podía hacer de tal modo que otras personas no fuesen asesinadas al mismo tiempo. Entonces, ¿por qué hacer explotar un avión lleno de pasajeros? ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Quién podía planear eso?

La respuesta que se daba Baby a sí misma era siempre idéntica: no podía concebir que nadie hiciese aquello, cuando tan fácil podía resultar matar sólo a Alexei Kovrichkin. Sólo a Kovrichkin. Sólo a Kovrichkin. Sólo a Kovrichkin. Sólo a Kov…

—¡Dios! —exclamó, de pronto, la anciana—. ¡Buen Dios!

Salió de la tienda a toda prisa, y fue adonde la esperaba Simón con el coche. Se sentó a su lado, y señaló hacia delante.

—¡Pronto, vámonos!

—¿Ha visto a Tin Pao? —se interesó el espía, poniendo el coche en marcha.

—Sí, lo han degollado.

Simón respingó, miró a su compañera de asiento, y luego de nuevo hacia delante, muy abiertos los ojos.

—¡Santo Dios! —gimió—. ¡Esto sí que va a hacer arder París, Baby!

—No. Antón Polozoff se encargará de dar explicaciones a los chinos.

—¿Polozoff? ¿Ha sido él? —Casi gritó Simón.

Baby sacó la radio del bolsillo del ruso, que por fortuna había conservado. Apretó el botón de llamada.

Capítulo IX

En el silencio del salón, el zumbido de la pequeña radio se oyó perfectamente en el bolsillo interior de la chaqueta de Antón Polozoff. Maquinalmente, éste llevó la mano hacia el otro bolsillo, donde tenía la radio que le comunicaba con sus camaradas, pero enseguida es dio cuenta de que era la otra radio la que estaba zumbando.

Frunció el ceño, la sacó, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Antón, ¿podemos vernos?

—¿Para qué? Ya hemos terminado el…

—Es imprescindible.

—Está bien. ¿Cuándo y dónde?

—Ahora, Donde usted quiera.

—La llamaré yo a usted dentro de diez minutos.

—De acuerdo.

Antón cerró la radio, la guardó, y miró a Vikenty Utchenko, que continuaba sentado en el sillón, lívido, con la cabeza caída sobre el pecho. En el sofá estaba Olga Kovrichkin, con la mirada perdida, como ausente. Sentado a su lado, Genardi Ruskov miraba con gesto interrogante a Polozoff, pero éste se desentendió de aquella mirada que notaba.

—Podemos marcharnos cuando gustes, camarada Vikenty Utchenko —murmuró—. Llamaré a dos de nuestros camaradas de París, que se harán cargo de ti y se ocuparán de tu inmediato regresó a Moscú.

Utchenko alzó la cabeza, y miró a Polozoff serenamente.

—Estás cometiendo un gran error, Antón Polozoff.

—Me gustaría que así fuese —susurró éste—. Pero conmigo ya no tienes nada más que hablar. Lo harás, ante los camaradas adecuados, en el Directorio.

Utchenko se puso en pie, lentamente.

—No sé si te das cuenta de lo que estás haciendo —dijo.

—Me doy cuenta, Pero ¿acaso puedo hacer otra cosa?

—No lo sé. Quizá podamos conversar sobre esto, más adelante, cuando nos encontremos en los pasillos del Kremlin.

—Dudo que eso vuelva a suceder.

—Sucederá. Te lo recordaré entonces, Antón Polozoff.

—¿Me estás amenazando? —Palideció el espía.

—Todo lo contrario… Si alguna vez consigo mis propósitos políticos, tendré siempre presente al hombre que ha aceptado pasar tan malos momentos sólo porque está convencido de que, al arrestarme a mí, está luchando por Rusia. Siempre te tendré presente, Antón Polozoff… Pero también te recordaré, cuando volvamos a vernos, que conmigo te equivocaste. Podemos marchar cuando gustes.

Antón Polozoff vaciló. Luego, hosco el gesto, señaló hacia la puerta del salón. Se dirigió hacia allá, con Vikenty Utchenko. En el umbral de la puerta, se volvió.

—Naturalmente —musitó—, no hace falta que yo os diga lo conveniente de vuestro silencio. Olga, ¿Genardi?

—¡Claro! —asintió éste.

Olga Kovrichkin se limitó a asentir con la cabeza. Antón Polozoff volvió a señalar hacia fuera, y los dos abandonaron el salón. Segundos después, se oía la puerca del apartamento al cerrarse.

Durante un minuto, Olga Kovrichkin y Genardi Ruskov permanecieron silenciosos, inmóviles. De pronto, Olga se puso en pie, y salió del salón… Regresó enseguida, sonriendo.

—Se han ido, efectivamente.

—Yo también me voy —bajó la mirada Ruskov.

—¿Qué te pasa? Estás muy pálido, Genardi…

—No me siento bien —tragó saliva él—. Tengo náuseas, me duele la cabeza, noto escalofríos.

—Quizá te has resfriado en el cementerio. No sería extraño, con aquella lluvia tan fría.

—No… No creo que sea eso. No es por frío, Olga… Desde que vi toda aquella gente allí, llorando, con los ojos hinchados, las caras pálidas, me… me siento mal, muy mal. Y aquellos niños…, los hijos de esos hombres que iban en el avión… Aquellos niños con sus

madres, sin saber muy bien lo que sucedía, sin comprenderlo de verdad, los tengo… los tengo como clavados en el cerebro. Hubo un momento, en el cementerio, que estuve a punto de vomitar, al pensar que todo eso era obra nuestra… Y ahora tengo ganas de vomitar, también. ¡Ojalá pudiese vomitar incluso mi cerebro, para no recordar nunca más lo que hemos hecho!

—Fue un accidente —dijo con voz ronca, Olga Kovrichkin—. ¡Fue sólo un accidente, Genardi!

—Sólo un accidente… Olga, no te entiendo. No comprendo cómo puedes estar tan tranquila, cómo puedas conservar la serenidad, y hablar con las personas que nos rodean, aceptar sus pésames… ¿Cómo lo consigues? ¡No logro entenderlo!

Olga Kovrichkin corrió a sentarse junto a Ruskov, y le tomó las manos, que estaban heladas.

—Genardi… Genardi, tienes que calmarte, tienes que serenarte tú también. ¡Ya está hecho, ya no tiene remedio!

—Pero aquellos niños…, aquellas mujeres llorando, aquellas caras pálidas, aquellos ojos hinchados… ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo, no puedo, no puedo…!

—Tranquilízate. ¿Quieres un coñac?

—¿Un con…?

Genardi Ruskov quedó demudado, su rostro se descompuso. Se levantó de pronto, y echó a correr, saliendo del salón. Segundos después, Olga Kovrichkin, sentada muy rígida en el sofá, oía las lejanas arcadas de Ruskov en el cuarto de baño.

Tres o cuatro minutos más tarde, Genardi regresó al salón. Desde la puerta, saludó con desmayado gesto a Olga, que contemplaba su palidísimo rostro.

—No me encuentro bien —dijo—. Me voy a casa.

—Genardi, ven. Por favor, ven a sentarte un momento a mi lado: tenemos que hablar.

—En otro momen…

—¡Tenemos que hablar, ahora! ¡Quiero que me escuches!

—Está bien —Ruskov fue a sentarse de nuevo a su lado—. Dime lo que sea, terminemos.

—¿Es que no puedes entender que fue un accidente?

—Sé que fue un accidente —admitió él—, pero murieron ciento veintiocho personas… por culpa nuestra. Nosotros provocamos ese

accidente.

—¡Pero no fue a propósito! ¡No era ésa nuestra intención! Tienes que convencerte a ti mismo de eso, Genardi. Piensa en el futuro. Olvida lo que ha pasado, y piensa en el futuro, en el gran futuro que te aguarda. Dejarás de ser un simple agregado comercial, ¿ya no recuerdas eso? De la mano de Igor Nosikov subirás tan alto que…

—¡Igor Nosikov! En realidad, él es el asesino… ¡Él es quien tendría que estar, ahora, en manos de Antón Polozoff, y no ese pobre hombre de Vikenty Utchenko! ¡Pobre camarada Utchenko!

—¿Por qué pobre camarada Utchenko? Son juegos del poder: unos ganan y otros pierden.

—Pero Igor Nosikov ha jugado sucio. Aprovechando la amistad existente entre tu marido y Vikenty Utchenko, ha metido a éste en una trampa de la que no saldrá jamás. Nosikov sabe perfectamente que jugando limpio jamás habría sido elegido por el Partido para ocupar ese puesto tan importante que pronto puede quedar libre en el Kremlin, Ese puesto habría sido, y todo el mundo lo sabe, para Vikenty Utchenko… ¿Y qué hace Igor Nosikov para eliminar a Utchenko, y, por lo tanto colocarse él como siguiente candidato?

—Genardi, en estos juegos de…

—¡No son juegos, son asesinatos! ¿Qué hace Igor Nosikov? Pues, roba unos documentos, y nos los envía a nosotros por medio de dos de sus esbirros, esos escalofriantes Ziablov y Mosgliakov… Entonces, intervenimos nosotros en el… juego. Lo primero de todo, es matar a tu marido, y luego contarle al jefe de la MVD en París, que dos americanos estaban vigilando a tu marido, inquietándolo, lo cual es mentira. Aquellos dos pobres sujetos no sabían nada de nada. Lo único que ocurrió con ellos fue que yo los llamé por teléfono a su apartamento, para citarlos tal noche a tal hora en el Tonkin. De este modo, el personal de allá los vería, y podría decirle a Polozoff que, en efecto, estuvieron allí una noche, coincidiendo con vosotros dos. Sí, ellos estuvieron en el Tonkin, esperaron en vano la presencia del ruso que les había ofrecido una valiosa información, y, sin más complicaciones, se fueron. Todo lo demás, es mentira. No siguieron a tu marido, ni estuvieron por delante de esta casa, ni lo esperaban a la salida del trabajo… Tú mentiste muy bien, Olga. Y todo, ¿para qué? Para…

—Había que hacerlo así —susurró Olga Kovrichkin.

—Ya lo sé. También había que hablar con Tin Pao, y proponerle el negocio: si aceptaba colaborar, luego le entregaríamos, realmente, unos importantísimos documentos referentes a uno de los acuerdos privados entre Rusia y Estados. Unidos que afectaban a China. El pobre Tin Pao debió considerarse poco menos que en el paraíso de Buda. Así que, para merecer esos documentos, aceptó seguirnos el juego, diciéndoles a los de la MVD o a los de la CIA, o a ambos, si lo visitaban, que, en efecto, Alexei Kovrichkin le había ofrecido a Wo Lai una importante venta. De este modo, la MVD o la CIA, o ambas, se pondrían a sospechar de tu marido. Mientras tanto, tampoco Wo Lai sabía nada, ni siquiera era del servicio secreto chino: un simple camarero que trabajaba en el Tonkin, restaurante al cual tú comenzaste a pedirle a Alexei que te llevase, para que todo fuese encajando, y poder decir, luego, que él fue quien quiso ir, para que las piezas fuesen encajando: claro, si quería ir era para hablar con Wo Lai, a quien iba a venderle algo importantísimo. Con todo esto en marcha, esos malditos Ziablov y Mosgliakov, van y matan a los dos americanos, con la pistola de tu marido. Acto seguido, dejan allí el microfilme, y van a matar a Wo Lai. Avisan a Tin Pao de que todo ha salido bien, de que han matado a los americanos y a Wo Lai con la pistola de uno de éstos. Todo está perfecto. Sólo falta que la CIA o la MVD vayan encontrando el rastro… Y como el documento afecta a rusos y norteamericanos, naturalmente intercambiarán información, como así ha sucedido. Así que llegan a una conclusión inteligentísima: Alexei Kovrichkin vendió un microfilme a Wo Lai, pero los dos americanos, que vigilaban a Kovrichkin, le quitan el microfilme, pero, Kovrichkin, que temía algo, se da cuenta, va al apartamento de los americanos, o los sigue, y los mata…, pero no puede encontrar le microfilme. ¿Qué hace entonces Alexei Kovrichkin? Pues, asustado, decide ir a Moscú, a pedir ayuda, orientación, consejos… ¿Y a quién va a pedir ayuda? Pues, naturalmente a su viejo y querido amigo Vikenty Utchenko… Con lo cual, ya tenemos conseguido el propósito verdadero de todo esto: Vikenty Utchenko uno de los pocos hombres con acceso a esas documentaciones secretas, que tenía proyectada una visita a París, es acusado de traición y espionaje a favor de los chinos. ¿Y cómo va a negarlo, si la CIA ha encontrado el microfilme? ¿Quién otro podía haberle

proporcionado ese microfilme a Alexei Kovrichkin sino Utchenko, su gran amigo…, que entre otras cosas venía a París para celebrar con vosotros vuestro vigésimo aniversario? Así que ya tenemos a Vikenty Utchenko camino del paredón, y al verdadero artífice de esto, el ambicioso Igor Nosikov, en ruta hacia la secretaría del Partido. Ha eliminado limpiamente a Utchenko… Y menos limpiamente, a dos americanos, a un chino, a un ruso. En cuanto a Tin Pao…, ¿va a recibir el premio a su colaboración? Claro que no: seguramente, a estas horas también está muerto. Ya hizo su parte, ya llamó a Mosgliakov y le dijo que la chica de la CIA había estado en su tienda, que todo iba estupendamente. Todo magnífico, todo perfecto, para ese… maldito cerdo de Igor Nosikov…

—Si piensas así, no debiste aceptar, Genardi.

—¡Acepté porque nadie me dijo que iban a morir ciento veintiocho personas! Y que vería… su sepelio, en una tarde fría de lluvia.

—Sabías que iban a morir algunas personas.

—Es verdad… Un par de chinos, dos americanos que se dedicaban al espionaje, y tu marido. Los cuatro primeros, no me importaban, y eran profesionales en esta clase de riesgos. Tu marido… Bien, si no te importaba a ti, ¿por qué tenía que importarme a mí? Mi papel consiste en decir que estaba muy nervioso, y apoyar tus explicaciones falsas sobre lo del Tonkin y demás. Y sólo por eso, comenzaría a convertirme en alguien importante cuando, finalmente, Igor Nosikov consiguiese su propósito: eliminar políticamente a Utchenko para siempre, y ser él quien tuviese, entonces, todas las probabilidades de conseguir esa secretaría del Partido.

—Estás a punto de conseguirlo, Genardi. Todo ha salido muy bien.

—Sí… Todo ha salido muy bien. Yo seré importante, y tú desaparecerás, parecerá un rapto y luego un asesinato. Dirán, quizá que ha sido una venganza de los chinos, o cualquier cosa parecida, no menos brutal. Y mientras tanto, tú estarás en una clínica suiza, donde te conseguirán un rostro diferente, un pasaporte francés, y cinco millones de francos. Con todo eso, te irás a vivir a Niza, o a Roma, o Palma de Mallorca.

—Eso es lo que siempre he deseado —endureció sus facciones

Olga Kovrichkin—. Y lo voy a conseguir, gracias a Igor Nosikov. Y tú también vas a conseguir tus ambiciones gracias a él, Genardi.

—Sí, es cierto… Voy a conseguir todas mis ambiciones, menos olvidar los rostros de esos niños desconcertados y asustados, y las lágrimas, y esos rostros pálidos y esos ojos hinchados. Todas mis ambiciones, menos olvidar eso y que intervine en el asesinato de…

—¡No fue un asesinato! ¡La bomba estaba preparada para que explotase en el coche de Alexei, no en el avión!

—Ya lo sé… Esa era tu parte. Te dieron la bomba con el mecanismo silencioso, de tiempo. Sólo tenías que colocar el mecanismo de modo que la bomba explotase mientras Alexei iba de París a Orly… De modo que fuiste muy solícita con él cuando, como ambos sabíamos se dispuso a ir a Moscú en ese viaje que hacía tiempo tenía preparado, para comprar la casa a la que pensabais ir a vivir cuando, dentro de siete meses, regresaseis a Moscú. Naturalmente, no podías ir con él… Dijiste que no te encontrabas bien, pero le suplicaste que fuese sin ti. Y el buen Alexei lo hizo. Te las arreglaste bien para colocar la bomba en su valija, que, naturalmente, no fue examinada en el aeropuerto, ya que se trataba de un agregado diplomático ruso…

—¡Esa bomba tenía que haber estallado entre París y Orly!

—Ya lo sé. Para que pareciese que se la habían puesto los chinos en el coche, por ejemplo. Pero, no estalló en la carretera, sino en el avión, en pleno vuelo… ¡Y eso es lo que no puedo soportar, no puedo!

Genardi Ruskov se puso en pie de un salto.

—¿Sabías que en el avión viajaban tres niños?

—No… ¡No, no lo sabía, ni quiero saberlo!

—¡Pues ya lo sabes! —gritó Ruskov—. ¡Ya lo sabes! ¡Y me gustará saber cómo te las arreglas para olvidar eso, y que no supiste colocar adecuadamente un mecanismo de tiempo en una bomba!

—¡Tú me ayudaste a hacerlo, siguiendo las instrucciones de Mosgliakov!

Genardi Ruskov no contestó, de momento. Estaba crispado, tenía hinchadas las venas del cuello y de la frente, parecía a punto de estallar. De pronto, se relajó y bajó la cabeza.

—Sí —murmuró—. Yo te ayudé, es verdad. Lo hicimos entre los dos. Quizá tú consigas olvidarlo, Olga, pero me temo que yo no

podré conseguirlo jamás… Jamás. ¡Adiós, Olga!

—¿Adónde vas?

—Ya te lo he dicho: no me encuentro bien, y me voy a mi apartamento. Quizá allí consiga serenarme. Si no…

Ruskov movió la cabeza, salió del salón, y segundos después, Olga Kovrichkin oía el conocido ruido de la puerta del apartamento al cerrarse. Durante dos o tres minutos, permaneció inmóvil. Por fin, fue hacia el teléfono, e hizo una llamada.

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Ziablov? —susurró Olga.

—¡Ah, Olga…! Sí. Dime.

—Estoy muy preocupada…

—¿Algo ha salido mal?

—¡Oh, no! Me olvidaba de eso: Polozoff se ha llevado a Vikenty Utchenko. Todo ha salido perfecto.

—¡Magnífico! Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Genardi acaba de marcharse. Está… como enloquecido. Incluso ha vomitado, al pensar en toda esa gente que iba en el avión… Está muy trastornado, y temo que pueda hacer alguna locura.

—Entiendo. ¿Sabes adónde ha ido?

—A su apartamento.

—Está bien. Hablaremos con él, no te preocupes más. ¿Estás sola, ahora?

—Claro. Si no, no te habría llamado.

—Es verdad. No te muevas de ahí… Dentro de un rato te llamaré yo, o quizá vaya a verte, para decirte cómo están las cosas con Genardi Ruskov, y que te tranquilices. Y por si acaso, será mejor que no recibas a nadie más esta noche. Si te visitase alguien di que estás muy cansada, o lo que se te ocurra.

—Sí, sí. Gracias, Ziablov. Espero tus noticias.

—Tranquilízate. Hasta luego, Olga.

* * *

—¡Hola! —saludó la anciana, sentándose junto a Polozoff—. Hace un buen rato que espero, Antón.

—Lo siento. He tenido que esperar a que mis camaradas me

quitasen de las manos la pieza cobrada.

—Me parece que no está muy satisfecho.

—Ni mucho, ni siquiera un poco. Bien: ¿de qué se trata, ahora?

—Creo haber encontrado una explicación tranquilizadora para la conciencia humana respecto a la explosión del Ilyuschin.

Antón Polozoff terminó di encender el cigarrillo, y miró a la anciana de blancos cabellos.

—¿Tranquilizadora? —sonrió secamente.

—Sí. La bomba, o el explosivo, como quiera, no estaba destinada a explotar en el avión. ¿Recuerda que, desde el primer momento, nos hemos resistido a admitir eso, Antón?

—Claro. ¿Y dónde estaba destinada a explotar, si no era en el avión?

—No sé exactamente. Pero quizá en el coche de Kovrichkin.

El ruso frunció el ceño, y se quedó mirando hacia el exterior del coche. Seguía lloviendo, y el frío aumentaba. Los cristales estaban ligeramente empañados.

—En el coche —murmuró por fin—. Sí, es posible. Pero si Tin Pao pudo colocar una bomba en el coche, igualmente fácil le habría sido matar con menos complicaciones a Kovrichkin, ¿no?

—Sí, sí. Pero la bomba estaba destinada a dar la impresión, en efecto, de que habían sido los chinos. Y no fueron ellos.

—¿Cómo que no?

—No. En primer lugar, alguien ha degollado esta tarde a Tin Pao. En seg…

—¿Han matado a Pao? —Palideció Polozoff—. ¿Quién?

—No lo sé. Pero sé que él no hizo colocar esa bomba en el avión, ni en el coche de Kovrichkin.

—¿Por qué no? Cualquiera de sus hombres pudo…

—No, Antón. La bomba explotó en el departamento de pasajeros del Ilyuschin, ¿recuerda? Eso quiere decir que Kovrichkin la llevaba consigo. Debemos pensar que sin saberlo, claro.

—¿Sin saberlo?

—Pienso que quizá la llevaba en un maletín, o cualquier tipo de equipaje de mano. Querían matarlo sólo a él, pero por lo que fuese la bomba no funcionó debidamente. Y explotó en el avión, ya en pleno vuelo.

Polozoff se pasó la lengua por los labios.

—Pero si Kovrichkin llevaba la bomba en un maletín… Bueno, no creo que Kovrichkin le prestase su maletín personal a Pao para que pusiera la bomba, ¿verdad? Por lo tanto… por lo tanto…

De nuevo palideció el ruso, ahora más lentamente, como si la sangre se fuese evaporando de su cuerpo. Sus labios se estiraron en un brusco gesto nervioso. La anciana asintió con la cabeza.

—Por lo tanto, la bomba la colocó en el maletín una persona allegada a Kovrichkin, eso es lo que yo pienso, sí.

—Pero… no es posible…

—¿Le parece más posible que alguien colocase la bomba en el departamento de pasajeros del avión?

—No… No, no, claro…

—Creo —sugirió Baby— que deberíamos ir a visitar a Olga Kovrichkin.

Capítulo X

Olga Kovrichkin oyó la llamada a la puerta del apartamento, y se puso en pie rápidamente. Pero, mientras se acercaba para abrir, recordaba las palabras de Ziablov: no debía abrir a nadie, o, mejor dicho, no debía recibir a nadie. Con cualquier pretexto, debía despedir a cualquiera que la visitase.

Así pues, cuando llegó ante la puerta, había conseguido ya una aceptable mueca de malestar físico, que respaldaría perfectamente su excusa de que le dolía la cabeza. Sí, diría que le dolía la cabeza, que la disculpasen, que estaba aturdida, que quería descansar.

Sin embargo, cuando movió la pequeña tapa de latón de la mirilla, y vio, ante la puerta, a sus visitantes, su expresión cambió en el acto.

Abrió, y se echó a un lado rápidamente, musitando:

—Pasad.

Dos hombres altos, de rostro seco y duro, entraron en el apartamento. Personajes que habían estado trabajando en la sombra: Ziablov y Mosgliakov. Hombres de absoluta confianza de Igor Nosikov, y por lo tanto, dispuestos a todo, con tal de solucionar los problemas que a su jefe pudiesen presentársele. Ellos lo solucionarían todo.

—¿Ha venido alguien? —preguntó Mosgliakov—. Quiero decir, desde que nos llamaste.

—No… No ha venido nadie. Estoy asustada. ¡Ese estúpido de Genardi puede estropearlo todo! Estaba realmente enfermo, ha vomitado… No puede soportar la idea de los efectos de la bomba que puse en el maletín de mi marido. ¡Hay que hacer algo! ¿O… lo habéis hecho ya?

—No —negó Ziablov—. Antes hemos querido hablar contigo, y saber si tú o Ruskov habéis comentado este asunto con alguien.

Olga Kovrichkin lo miró con los ojos muy abiertos,

sorprendidísima.

—¡Claro que no! —exclamó.

—Está bien. Según entendemos, todo ha salido bien, y Vikenty Utchenko ha sido detenido por la MVD, acusado de alta traición. ¿Entendimos bien?

—Sí… Sí, sí. Eso está solucionado. Todo está en marcha, tal como estaba planeado. ¡Es Genardi quien me preocupa!

—Nos encargaremos de él. ¿Tienes nuestro número de teléfono apuntado en alguna parte, has escrito algo en algún sitio que nos mencione a nosotros o al camarada Nosikov?

—No, no… ¿Cómo iba a hacer semejante tontería? ¡Lo he hecho todo tal como me dijiste!

—Muy bien, Olga. Muy bien.

Olga Kovrichkin tuvo tiempo de ver la navaja en la mano derecha de Ziablov. La navaja, su hoja brillante, el arco reluciente que trazó en el aire…, y nada más.

La afilada hoja pareció pasar rozando su garganta… Pasó con tal facilidad, con tal rapidez, que se podría haber pensado que no había habido contacto alguno. Sin embargo, hubo contacto. Un veloz y cortante contacto, que seccionó el cuello de Olga Kovrichkin casi de oreja a oreja.

La cabeza de Olga colgó hacia atrás, y pareció un peso lanzado que arrastró el cuerpo. Quedó de cara al techo, con los ojos desorbitados, brotando la sangre a borbotones por la horrenda herida. Ziablov se arrodilló junto a ella, y limpió la navaja con el vestido de la mujer, mientras decía:

—Creerán que ha sido una venganza de los chinos: ojo por ojo, diente por diente. Y esto aún confirmará más las acusaciones contra Vikenty Utchenko. Echa un vistazo al pasillo.

Mosgliakov abrió la puerta del apartamento, y se asomó. No había nadie en el pasillo. Tampoco habían encontrado a nadie al subir. Era un edificio de pocos vecinos, gente discreta, de poco movimiento… Hizo una seña a Ziablov, y ambos salieron del apartamento.

Allí, con la cabeza casi separada del tronco, quedó Olga Kovrichkin, cada vez más pálida, más lívida a medida que la sangre iba brotando y brotando, incontenible. Y con los ojos abiertos, muy abiertos…

Apenas cinco minutos más tarde, en sus ojos, como si fuesen espejos, se reflejaron las figuras de dos personas, inclinadas hacia ella. Pero, ciertamente, Olga Kovrichkin no podía ver a esas personas, que estaban casi tan pálidas como ella. Eran un hombre y una mujer, ésta anciana, de blancos cabellos, que parecían diminutos, allá en el fondo de los muertos ojos de Olga Kovrichkin.

—Hemos llegado tarde —dijo, con voz aguda, Antón Polozoff.

La anciana se había acuclillado junto al cadáver, y una de sus manos se deslizó hacia los senos de Olga Kovrichkin.

—Todavía está caliente —susurró—: debe hacer muy poco que la han matado.

—Todo ha terminado —dijo el ruso—. Jamás sabremos si usted tenía razón. A menos…

—A menos que vayamos a ver a Genardi Ruskov. ¿No es así?

—Sería demasiada suerte que él también supiese algo. Por otra parte, es muy posible que esto lo haya hecho él. En cuyo caso, debe tener preparado su sistema de fuga.

—¿Sabe usted dónde vive Ruskov?

—Claro. Pero…

—¿Qué perdemos yendo allí? Aquí ya no vamos a conseguir nada, Antón.

—Está bien. Pero no creo que lo encontremos en su apartamento…

* * *

Genardi Ruskov dejó de escribir cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento. Volvió la cabeza aspiró hondo, y estuvo tres o cuatro segundos vacilante. Luego, regresó toda su atención al papel en el cual estaba escribiendo. Había bajado la tapa de su buró, había colocado en la lisa superficie una hoja, y se había dedicado a escribir, febrilmente, como en trance. La llamada a la puerta le había sobresaltado, pero la olvidó, la apartó de su mente, y siguió escribiendo.

Ni siquiera había pasado medio minuto cuando la llamada se repitió, más larga, impaciente.

Genardi volvió, de nuevo la cabeza, pero mucho más brevemente esta vez. Firmó al final de la hoja, que había llenado

por ambas caras. Luego, tomó un sobre y escribió en él, rápidamente:

MINISTERSTVO VNUTRENNIKH DGEL, Moscow

Metió la hoja en el sobre, cerró éste, y se lo guardó en un bolsillo interior de la chaqueta.

Luego, fue hacia la puerta. Ni siquiera se molestó en mirar por la mirilla. Abrió, y se quedó mirando inexpresivamente a Mosgliakov y Ziablov, que, a su vez, le miraban con el ceño fruncido.

—Has tardado mucho, camarada Genardi —susurró Mosgliakov—. ¿Ocurre algo?

—No —sonrió Ruskov—. Pasad.

—¿Estás solo? —preguntó Ziablov.

—Naturalmente —los dos asesinos entraron y Ruskov cerró la puerta: luego los miró, siempre muy amablemente—. Creí que no debíamos vernos más, camaradas.

—Así es, pero Olga Kovrichkin nos llamó para decirnos que no te sentías bien. ¿Qué te pasa exactamente?

—Nada en absoluto. ¿Queréis beber algo? Venid al salón.

Los precedió. Cuando entraron tras él, Ruskov se volvió y señaló el sofá.

—Sentaos. ¿Vodka o coñac francés?

—¿De verdad estás bien? —insistió Ziablov.

—Ahora sí. ¿Habéis venido a matarme?

Los dos asesinos quedaron como petrificados. Mosgliakov esbozó una sonrisita que quería parecer amistosa.

—¿Matarte? ¿Qué dices, camarada? —protestó.

—Es lo lógico —asintió Ruskov—. Primero mueren unos, luego mueren otros. Y vosotros también moriréis, cuando regreséis a Moscú y le digáis a Igor Nosikov que todo ha salido bien, y que habéis cumplido vuestra parte.

—¿Estás loco? —Intentó sonreír de nuevo; Mosgliakov.

—Claro que no. Estamos todos interviniendo en el juego del poder, camaradas. ¿Y creéis que vosotros sois importantes en este juego? Yo creo que no. Sois, solamente, pequeñas piezas, que son utilizadas por quienes os mandan… Es como una partida de ajedrez, sí. ¿Nunca habéis ido al Parque Gorki a ver a los jugadores de

ajedrez que acuden allí en los hermosos días de primavera y verano?

—Debes estar realmente mal, camarada. Nosotros…

—No, no. Estoy perfectamente, de verdad. He comprendido: soy una pieza. Una pequeña, minúscula, ridícula pieza. Igual que vosotros. Nos mueven, nos utilizan, nos ponen como carnada; entonces, llegan las grandes piezas, cuando las pequeñas ya han sido eliminadas, y se disputan el dominio del tablero. Si no tenéis prisa, tomaremos una copa de coñac francés. Pero si tenéis prisa, por mí no perdáis más tiempo.

Mosgliakov y Ziablov cambiaron una mirada. Estaban pálidos, impresionados. Pero dispuestos a seguir adelante. Mosgliakov sacó una navaja, y apretó el resorte. Se oyó un chasquido, y la afilada hoja apareció, centelleante.

Genardi Ruskov palideció intensamente.

—Preferiría que fuese con pistola —dijo, muy sereno.

—Lo lamento —negó Mosgliakov—. A Tin Pao lo matamos con navaja, y todo tiene que parecer una venganza de los chinos. A Olga la hemos matado ya así.

—¿Habéis matado a Olga? —Ruskov se echó a reír—. ¡Habéis matado a Olga! ¡Pobre, pobre, pobre Olga Kovrichkin! No tendrá su pasaporte, ni su rostro nuevo, ni sus cinco millones de francos, ni su casa en la Riviera francesa, o en Roma, o en…

La navaja cortó la carne con toda facilidad. Una bocanada de aire y de sangre saltó hacia el centro del salón, un instante antes de que Genardi Ruskov cayese hacia atrás, con la risa como congelada en su rostro. ¡Pobre, pobre Olga Kovrichkin…! ¡Pobre, pobre, pobre Genardi Ruskov…!

—Vámonos —dijo, nerviosamente, Ziablov—. Esto no me gusta, noto algo extraño, algo que me produce frío… ¡Vámonos!

—Será mejor que limpie antes mi navaja —dijo Mosgliakov.

Se inclinó sobre Genardi Ruskov, limpió la hoja y parte del mango, y luego su mano, que había quedado aparatosamente manchada. Se puso en pie. Ziablov ya caminaba hacia la puerta del salón. Casi corrieron hacia la del apartamento. La abrieron un poco, dispuestos a echar un vistazo al pasillo.

Y entonces, la puerta fue empujada con fuerza desde fuera. Dio en el rostro de Ziablov, derribándolo sentado en el suelo.

Mosgliakov había saltado hacia atrás, respingando, desorbitados los ojos.

—¡Es Polozoff! —exclamó.

Mientras gritaba esta advertencia, llevó la mano hacia su pistola, comenzó a sacarla rápidamente. A menos de cuatro metros de él, Antón Polozoff alzó su mano derecha, y apretó el gatillo de su pistola con silenciador, fríamente, sin alterarse.

Plop.

La bala dio en la frente de Mosgliakov, que saltó grotescamente y cayó de espaldas y de cabeza.

Sentado en el suelo. Ziablov también sacó su pistola, y la orientó hacia Polozoff, que giraba ahora hacia él…

Plop, chascó más suavemente otra pistola, por detrás y a un lado de Polozoff. La bala dio en su hombro derecho, y lo empujó apenas. Ziablov contuvo un grito de dolor mordiéndose los labios, acabó de caer de espaldas, y giró en busca de su pistola, nuevamente. Cuando sus dedos la estaban asiendo, vio junto a su mano aquel zapato negro de mujer. Asió la pistola, alzó la mirada y vio a la anciana de los lentes y de los blancos cabellos. Al mismo tiempo, la punta de un zapato idéntico al que acababa de ver junto a su mano le golpeó justo en la frente, en el centro. A Ziablov le pareció que dentro de su cabeza estallaba un trueno. Sus ojos quedaron en blanco, mientras caía hacia atrás sin sentido.

La anciana se volvió hacia Polozoff, que cerró la puerta y se quedó mirando a los dos hombres tendidos en el suelo.

—Tiene a uno vivo —dijo la anciana—. Seguramente, podrá aclarar muchas cosas.

Polozoff asintió. Fue hacia el salón. Desde el umbral, se quedó mirando el cadáver de Genardi Ruskov, como fascinado por la sangre que ya lentamente y en menor cantidad continuaba saliendo por el tremendo tajo en su garganta. Finalmente, sintiéndose frío y vacío, el espía soviético se dirigió hacia el sillón más cercano, y se dejó caer en él, con la cabeza colgando flojamente sobre el pecho.

La anciana estaba mirando hacia el buró abierto. Fue allí, miró la tapa bajada, abrió un par de cajones. Su mirada quedó fija en la pluma estilográfica, todavía abierta, que había a la derecha. Luego, giró, para mirar hacia Genardi Ruskov. Se acercó, se arrodilló lo más cerca posible de él, sin mancharse de sangre, y comenzó a

registrar sus bolsillos. Cuando sacó el sobre, y leyó la dirección escrita en él, no se sorprendió lo más mínimo.

Le llevó el sobre a Polozoff, y lo puso ante su rostro. El espía ruso todavía tardó unos segundos en darse cuenta.

—¿Qué es eso?

—Está dirigido a la MVD en Moscú.

Antón tomó el sobre, lo rasgó, y sacó la hoja de papel. Comenzó a leer, pero de pronto, miró a la anciana.

—Como supongo que no necesita usted traductor para el idioma ruso —susurró—, puede ir leyendo conmigo, si quiere.

Baby Montfort se colocó a su lado, y miró la hoja de papel escrito a mano. Decía:

«París. 26 de febrero 1975.»A la MVD:

»Yo, Genardi Ivanovitch Ruskov, perteneciente en la actualidad a la misión comercial soviética en París, agregado diplomático, considero mi obligación delatar el plan ideado por Igor Nosikov para apartar de su camino en el juego del poder al camarada Vikenty Utchenko, al que desde este mismo momento libero de toda culpa en lo sucesivo. El plan ideado por Igor Nosikov, y en el que Olga Kovrichkin y yo hemos tomado parte ha consistido en…».

Cuando terminó la lectura de la carta de Genardi Ruskov, Antón Polozoff se quedó con la cabeza baja, la mirada perdida, el papel entre sus dedos fríos y rígidos. En realidad, no estaba seguro de haber entendido bien aquello. Es decir, lo había entendido perfectamente, pues la confesión de Ruskov no podía ser más clara y explícita, Sí, lo entendía, desde luego, pero no acababa de admitirlo.

Alzó la cabeza, de pronto, y miró a la anciana, que se dirigía hacia la puerta del salón. Desde allí, la anciana se volvió, y se quedó mirando fijamente los ojos de Antón Polozoff. Éste tragó saliva, y se pasó la lengua por los labios. Era todo lo que podía hacer. La anciana parpadeó lentamente.

Luego, dio media vuelta, y salió del salón.

La espía norteamericana y el espía soviético ya no tenían nada que decirse.

Este es el final

Monsieur Nez se pasó la mano por la boca, movió la cabeza, frunció el ceño, y finalmente, mascculló:

—No puede usted pedirme eso, señorita Montfort.

Brigitte Montfort también frunció el ceño… pese a lo cual, continuó siendo la más bella espía del mundo.

—¿Por qué no? Nadie va a perder nada, si usted guarda silencio, *monsieur*. Le he informado de todo lo sucedido, usted puede comunicarlo al SDECE y allá que lo archiven, y que den el asunto por terminado. Todos los culpables que están al alcance de ustedes, están muertos. ¿Qué van a ganar removiendo más el asunto? ¿No es mejor decir públicamente que se equivocaron, que no fue sabotaje, sino accidente, y evitar así amarguras y posibles consecuencias desagradables a muy alto nivel? ¿Quién va a ganar qué cosa, si usted autoriza la divulgación del informe que acabo de rendirle verbalmente, como una personalísima deferencia? ¿Quién?

—Nadie —admitió, de mala gana, *monsieur* Nez.

—¿Entonces…?

Monsieur Nez todavía vaciló. Y así estaba, cuando por los altavoces se propaló el anuncio:

—Señores pasajeros del vuelo 401 de la Panam directo a Nueva York, tengan la bondad de dirigirse…

—Ese es mi vuelo —se puso en pie Brigitte Montfort—. Hasta la vista, *monsieur*.

El Señor Nariz se había puesto, también, en pie. Tomó la mano que le tendía la señorita Montfort, y se la llevó cortésmente a los labios, siempre con elegante gesto. Luego, miró los más grandes; hermosos y azules ojos del mundo.

—Está bien —musitó—: guardaremos silencio.

—Gracias.

—¿Puedo… podré volver a contar con usted si en alguna ocasión

la necesito?

—Naturalmente, *monsieur*. Siempre y cuando no se trate de utilizarme para jugar a conseguir el poder. Es muy poco probable que la Reina de la partida aceptase servir en esos juegos…, o ser utilizada como carnada. Por la sencilla razón de que para mí no hay nada que valga más que el derecho de todo ser humano a la vida… si la merece. ¿Usted me comprende, *monsieur*?

Monsieur Nez lo comprendía perfectamente.

FIN